BOLSILIBROS BRUGUERA

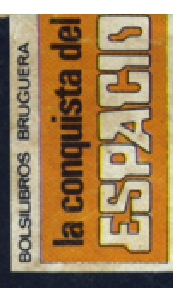
la conquista del ESPACIO

EL REGRESO DE LOS MUERTOS

ray lester

CIENCIA FICCION

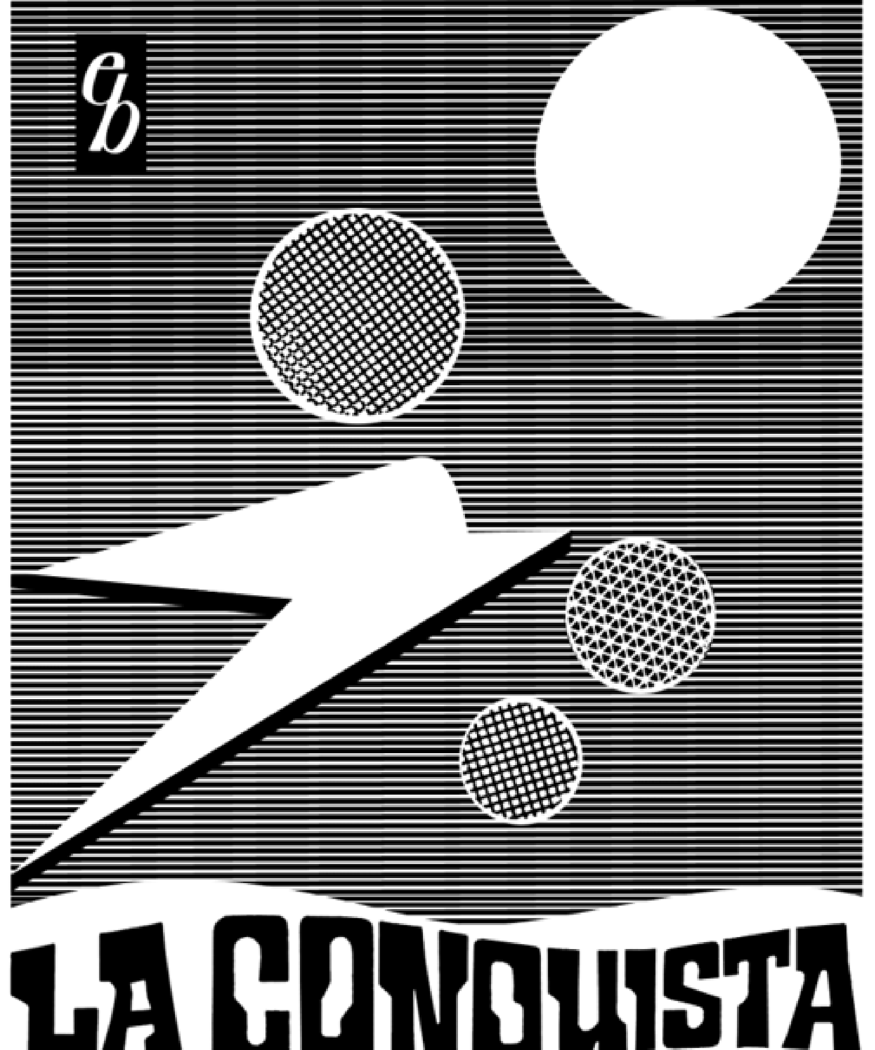




EL REGRESO DE LOS MUERTOS

ray lester

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RAY LESTER

EL REGRESO DE LOS MUERTOS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 343

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 207 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1977

© **Ray Lester** - 1977

texto

© **Miguel García** - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de**EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

338— Guerra galáctica-A. *Thorkent*

339— Atacadosenelespacio-A//*Regaldie*

340—Ciudad Omega - *Curtís Garland*

341— «Micromuerte» - *Burton Haré*

342—En el infierno marciano-A *Thorkent*

CAPITULO PRIMERO

La Supernave 1.031 despegó de la superficie terrestre y empezó a elevarse majestuosamente en el espacio. En cuestión de segundos alcanzó su inaudita velocidad de crucero.

Dentro de ella, distribuidos por los distintos compartimentos acondicionados para un largo viaje, quinientos colonos cósmicos se disponían a emprender una nueva vida lejos de la Tierra. Detrás dejaban un planeta superpoblado donde la subsistencia resultaba cada día más difícil. Delante..., los funcionarios del Gobierno les habían prometido tierras fértiles y posibilidades ilimitadas cara al futuro.

Todos los que viajaban en la Supernave 1.031 eran voluntarios seleccionados entre miles de solicitudes.

De los cuarenta tripulantes que manejaban la nave, los que estaban libres de servicio se afanaban en tratarlos con exquisita deferencia. Procuraban complacerlos en todo cuanto les era posible. Se diría que los consideraban unos héroes por el firme propósito de fundar una nueva colonia terrícola en el Universo,

Quizá ignoraban que la mayoría de los colonos eran gente inadaptada a los sistemas actuales de vida en la Tierra, aventureros deseosos de encontrar otra clase de existencia fuera de las vastas metrópolis atiborradas de personas.

Reunidos en uno de aquellos compartimentos, un grupo de colonos charlaban animadamente entre sí. Un joven de unos treinta años, fuerte constitución y rostro de rasgos duros, sacudió la cabeza fruncido el ceño y comentó:

—Lo que me fastidia es desconocer nuestro destino. Eso de no saber adónde lo llevan a uno...

Frente a él tomaban asiento Luther y Mónika Kreuss, una joven pareja germana que había contraído matrimonio días antes de la partida. Aquello era el clásico viaje de novios para ellos. El alemán levantó los hombros cansinamente.

—¿Qué más da cual sea nuestra meta, Freeman? El caso es que se trate de un mundo con posibilidades.

Doug Freeman, el joven de cuerpo atlético que hiciera el comentario, siguió diciendo:

—Hay otras cosas que no acabo de ver claras. —Hizo una breve pausa y agregó—: ¿Por qué no podemos establecer comunicación alguna con la Tierra durante veinte años? Como medida de seguridad, la encuentro excesiva, la verdad.

Luther Kreuss cambió una mirada con su esposa Mónika, a la que pasaba el brazo por los hombros, y después respondió a Freeman:

—¿Por qué se alistó, Freeman?

El joven dejó escapar una risita.

—¿Y eso qué tiene que ver? Supongo que me ocurriría como a ustedes. Estaba harto de vivir hacinado en mi ciudad, compartiendo la vivienda con otras seis personas. Y como por otra parte no tengo ni siquiera a un perrito que me ladre…

Otro componente del grupo, un sueco rubio y de elevada estatura llamado Flint Anderson, intervino en la conversación dirigiéndose a Freeman:

—Usted debió leer las condiciones estipuladas en el contrato, Freeman. Los dos puntos primordiales eran la prohibición de establecer contacto con la Tierra en un período de veinte años, e ignorar nuestro destino. ¿Hizo alguna objeción en la oficina de alistamiento?

Doug Freeman rio irónico.

—De haberla hecho no estaría aquí ahora, Anderson. —A continuación añadió, en tono despectivo—: No digo que me arrepienta de haber venido. Sólo que no me gustan esas dos condiciones.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que pueden existir motivos poderosos para imponerlas? —inquirió Kreuss.

—¿Como cuáles?

—Los funcionarios nos garantizaron tierras fértiles y excepcionales condiciones de vida, ¿no? Si eso es cierto y no tenemos por qué dudarlo, ¿imagina lo que tardarían las empresas privadas en seguirnos organizando expediciones particulares?

Después de unos segundos en pensativo silencio, acabó moviendo la cabeza Freeman.

—Puede que no le falte razón, Kreuss. De todas formas, me hubiese gustado tener noticias de las expediciones anteriores.

—¿Adónde suponen que nos llevan?

Doug Freeman giró la mirada a su derecha.

El hombre que había hablado era un ucraniano de unos cincuenta años, cabellos completamente blancos y rostro de facciones nobles. Era viudo y se llamaba Mihail Karova.

Con él viajaba su hija Nadia, que en aquellos momentos tomaba asiento junto a su padre. La muchacha tendría unos veinticinco años y poseía una exótica belleza. Unos ojos grandes de ingenuo mirar y unos cabellos negros enmarcando sus atractivos rasgos femeninos.

Doug Freeman compuso una mueca, respondiendo al ruso.

—No hay modo de saberlo. De todas formas, no puede ser más allá de Saturno, ya que ese planeta es el último reducto terrestre. Puede que nos lleven a un satélite de Júpiter.

Mónika Kreuss lo miró inquisitiva.

—¿Usted cree?

Freeman tardó un poco en contestar.

—Todo lo que digamos son conjeturas.

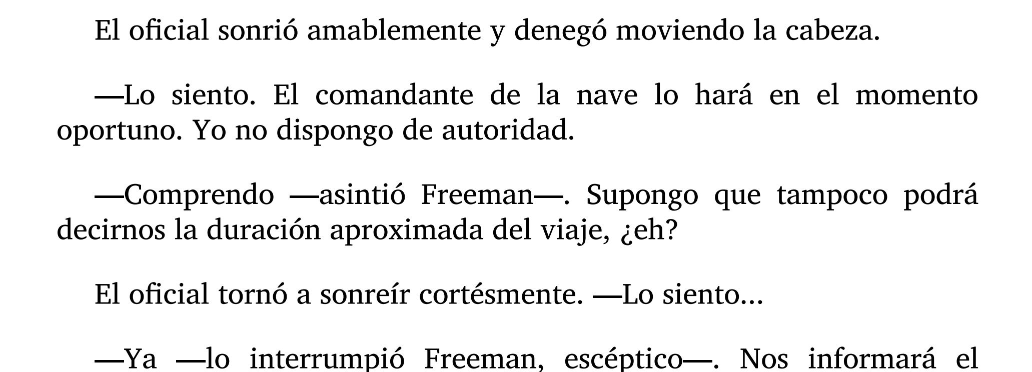
—Freeman tiene razón, querida —aprobó Luther—. No disponemos de ningún dato por el que deducir nuestro puntode destino.

En eso pasó junto a ellos uno de los oficiales de la tripulación y levantó la diestra Doug Freeman deteniéndolo con un gesto.

—Un momento, oficial.

El hombre se detuvo junto al grupo y posó la mirada en el rostro del joven.

—¿Qué se le ofrece, compañero? —Estaba discutiendo con estos amigos nuestro punto de destino. ¿Todavía no podemos ser informados al respecto?



El oficial sonrió amablemente y denegó moviendo la cabeza.

—Lo siento. El comandante de la nave lo hará en el momento oportuno. Yo no dispongo de autoridad.

—Comprendo —asintió Freeman—. Supongo que tampoco podrá decirnos la duración aproximada del viaje, ¿eh?

El oficial tornó a sonreír cortésmente. —Lo siento...

—Ya —lo interrumpió Freeman, escéptico—. Nos informará el comandante en el momento oportuno, ¿eh?

El oficial vaciló brevemente y a continuación murmuró:

—Créame que lo lamento de veras. La verdad es que...

—Déjelo —encogió los hombros Freeman, forzando una sonrisa—. Tendremos paciencia.

—Sin embargo, puedo facilitarles un informe —siguió sin moverse de allí el oficial.

Freemanarqueólascejas,mirándolosorprendido. —No me diga.

—Nuestro vuelo hasta el punto de destino será directo. No efectuamos ninguna escala.

Doug Freeman todavía se sorprendió más.

—Pero la autonomía de la nave...

Ahora le tocó sonreír al oficial.

—La autonomía de la Superna ve 1.031 es extraordinaria. Podemos hacer el viaje de ida y vuelta sin necesidad de repostar. Está especialmente construida para este tipo de vuelos.

Y llevándose la mano a la frente, saludó en silencio el oficial, dejándolos solos.

* * *

Transcurrieron varias semanas.

El viaje de los colonos cósmicos se hizo interminable, tedioso… El tiempo pasaba con una lentitud desesperante para aquella gente. Aunque de esa forma llegaron a conocerse mejor entre sí y empezaron a formarse grupos de personas cuyos caracteres parecían congeniar.

Uno de aquellos grupos fue formado por Doug Freeman, Flint Anderson, Luther y Mónika Kreuss, y Mihail y Nadia Karova. Los seis se pasaban el tiempo charlando sobre futuros proyectos y en otras ocasiones se distraían en los salones de recreo.

Cierto día, cuando ya empezaban a encontrar insoportable la estancia en el interior de la nave, la voz del comandante atrajo la atención de todos a través de los altavocesdistribuidosportodosloscompartimentos:

—Les ruego me presten unos minutos de atención, señores. Deseo agradecerles el ejemplar comportamiento que han observado durante todo el viaje. Al mismo tiempo deseo informarles que nos hallamos cerca de la colonia extraterrestre a la que han sido ustedes destinados. Dentro de cinco o seis horas, la Supernave 1.031 se posará en la superficie de Oberón. Como ustedes conocen, Oberón es uno de los satélites de Urano. Se ha podido comprobar que la densidad es similar a la que tenemos en…

Entre los colonos surgió un murmullo que fue creciendo y subiendo de tono paulatinamente. El jefe de la nave se vio obligado a guardar silencio mientras hombres y mujeres se miraban entre sí con una mezcla de asombro y desasosiego.

Pasó casi un minuto hasta que la voz del comandante se dejó oír de nuevo con inflexión persuasiva:

—Imagino lo que en estos momentos pasa por sus mentes, pero les garantizo que nada deben temer. Los civiles de la Tierra creen que Saturno es el límite de nuestras exploraciones en la galaxia. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Hace años que nuestros científicos estudian concienzudamente Urano y sus satélites con resultados positivos. Prueba de ello es que miles de colonos ya se han instalado en Oberón y se encuentran perfectamente. Nos aseguran que los medios de vida en ese satélite de Urano son muy superiores a los conocidos en nuestro planeta. Espero que ustedes puedan decirme lo mismo en el próximo viaje. Ahora es conveniente que hagan los preparativos para descender tan pronto nos hallemos en la superficie

de Oberón. Mis hombres se encargarán de desembarcar la maquinaria pesada que hemos traído para hacerles más fácil el trabajo que deberán llevar a cabo.

Las palabras del comandante tranquilizaron a los colonos, que inmediatamente se ocuparon de hacer los preparativos para descender en la superficie de aquel lejano astro.

Cinco horas y veintiocho minutos más tarde, la Supernave 1.031 se posaba suavemente en la superficie del satélite Oberón. Se abrieron las compuertas y los colonos se precipitaron al exterior anhelantes de contemplar lo que sería su nuevo mundo.

Varios oficiales de la tripulación les fueron diciendo mientras descendían:

—Pueden dar una vuelta por los alrededores mientras nos ocupamos de descargar la maquinaria.

La Supernave no podía haber escogido un lugar más hermoso para posarse. Se trataba de una explanada de una milla cuadrada de extensión, aproximadamente. El suelo estaba cubierto por una alfombra de hierba verde, en las que fulguraban algunas zonas color púrpura. Se hallaba contorneada por una lujuriosa vegetación de exóticas plantas en las que dominaba el tono plateado.

Doug Freeman fue de los últimos en descender y echó a andar pensativo alejándose de la nave.

La mayoría de los colonos corrían hacia la vegetación que rodeaba a la explanada, en loco afán de ser los primeros en descubrir lo que había al Otro lado de las extrañas y exuberantes plantas.

—Un lugar precioso, ¿no?

Freeman salió bruscamente de su abstracción y giró la cabeza sorprendido.

A su lado se encontraba Nadia Karova mirándolo intensamente con sus enormes ojos cándidos.

—Sí —murmuró después de un tiempo—. Es un sitio muy hermoso, Nadia.

Sin embargo, Doug Freeman no estaba tranquilo. Tenía el vago presentimiento que todo se iba a convertir en muerte y desolación en



torno a ellos.

CAPITULO II



Nadia Karova seguía mirando atentamente al joven.

—Estás preocupado, Doug.

Era una afirmación más que una pregunta. Freeman estuvo unos instantes silencioso y acabó dando una cabezada afirmativa.

—En efecto —dijo—. No puedo ocultarte mi pesimismo.

—¿No te gusta este lugar?

—No lo sé, Nadia. Todavía es pronto para decirlo.

—Entonces, ¿por qué te preocupas?

Doug Freeman encogió los hombros con gesto desalentado.

—Eso es precisamente lo malo, Nadia, que ignoro las causas. Presiento que algo marchará mal.

Después de las palabras del joven se hizo un largo silencio entre los dos. El resto de los colonos se hallaba ya cerca de la vegetación que rodeaba la explanada.

De la supernave descargaban a buen ritmo una serie de grandes cajas, en las que venían las máquinas que necesitarían los colonos para la supervivencia en el satélite de Urano.

Freeman tomó asiento en la hierba.

—¿Dónde está tu padre?

Nadia Karova lo imitó, al tiempo que respondía:

—Ha ido. con los otros. Dijo que iba a echar un vistazo a lo que había más allá de esa extraña vegetación.

—Comprendo. Han sido demasiados días encerrados en la nave.

—Doug...

Freeman la cortó haciendo un brusco ademán.

En gesto distraído había estado pasando la palma de la mano por la verde hierba, como acariciando el suave tacto de ésta. De repente, se puso rígido y la chica ucraniana descubrió en sus pupilas un brillo que denotaba una súbita agitación interior.

—¡Es asombroso!

Nadia frunció el ceño perpleja.

—¿Qué sucede, Doug?

Pero Freeman no se dio ninguna prisa en contestar.

En lugar de eso se inclinó interesado sobre la hierba y estuvo examinándola atentamente unos instantes. Conforme lo hacía, observó Nadia una expresión de gran excitación en su semblante. Luego, apartó la mirada de la hierba pasándola al rostro de la muchacha.

—Esta hierba es artificial, Nadia —anunció asombrado de su descubrimiento—. No comprendo...

La chica lo miró no menos atónita.

—¿Estás seguro, Doug?

Freeman arrancó una brizna, y tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo para conseguirlo. Mostrándola a Nadia, dijo:

—Obsérvala con atención. No cabe la menor duda de que se trata de un material plastificado. Aunque es una perfecta imitación de la hierba natural, resulta evidente que no lo es.

Nadia sostenía entre sus dedos la brizna arrancada del suelo y la contemplaba con arrugas de preocupación en la frente. Después de unos segundos, musitó:

—¿Qué... puede significar esto, Doug?

—No lo sé —respondió Freeman, incorporándose—. Espero que los oficiales de la Supernave nos lo aclaren.

Ya se dirigía al sitio donde se hallaba posada la enorme nave espacial, cuando de pronto se detuvo bruscamente. A su lado interrogó la ucraniana:

—¿Qué sucede, Doug?

—Eso es lo que me gustaría saber —masculló el joven—. Han cerrado Jas compuertas de la nave. Repito que aquí pasa algo raro y voy a averiguarlo, maldita sea.

Echó a correr en dirección a la supernave.

Observó, mientras avanzaba, que todas las compuertas- de entrada se hallaban herméticamente cerradas. Y ni uno solo de los cuarenta tripulantes se encontraba en el exterior.

Doug llegó resollando entrecortadamente junto a una de las patas metálicas del trípode que mantenía a la gigantesca nave despegada del suelo. Levantó el puño cerrado hacia la claraboya más próxima y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Eh, abrid las compuertas!

En aquella ventana circular protegida por una aleación de cristal plastificado, apareció el rostro del comandante de la Supernave y sus ojos se clavaron en el joven.

Freeman sintió un hondo escalofrío al percatarse de la expresión despiadada que se reflejaba en aquella cara.

No hubo tiempo de pensar en nada. De pronto, tuvo que correr desesperadamente huyendo de allí, porque un rugido ensordecedor atronó los alrededores, al tiempo que varias lenguas de fuego aparecían bajo la base de la nave.

¡Estaban poniendo en marcha las turbinas!

Nadia Karova llegaba en aquel momento junto a él y Freeman la enlazó por la cintura alejándola en alocada carrera del lugar donde la Supernave 1.031 se disponía a despegar.

A unos ciento cincuenta metros de distancia se intensificó el ruido y Doug se lanzó al suelo en zambullida llevándose con él a la chica.

Ambos se mantuvieron adosados a la verde hierba artificial.

* * *

La Supernave se hallaba muy alta en el espacio, cuando Doug se

incorporó y ayudó a Nadia a hacerlo. Los colonosmás jóvenes llegaban corriendo juntoaellos. Flint Anderson, que también acudía dándole fuerte a las piernas, interrogó jadeante: —¿Qué hacen esos locos?

—Se han largado, Flint —explicó, emitiendo un suspiro Freeman—. Así de sencillo.

—¿Cómo se van a largar, infiernos? Doug Freeman dejó escapar una risa seca, sarcástica. —A lo mejor están haciendo una maniobra de ensayo y se olvidaron de informarnos, chico.

Otro colono de fuerte constitución se acercó a Freeman, prietos los maxilares.

—¿Qué trata de insinuar, Freeman? —Yo no insinúo nada, amigo —replicó áspero el joven—. Cada cual que saque sus propias conclusiones. Y pueden empezar por echar un vistazo a la hierba del suelo.

Varios hombres lo miraron intrigados, pero fue su amigo Anderson el que inquirió:

—¿Qué le ocurre a la hierba, Doug? —Arrancaunabriznay examínalaafondo,Flint. Después me lo cuentas tú, muchacho. —¡Son artificiales, Doug!

—En efecto, Flint —asintió Freeman—. Lo descubrí poco antes de que la nave se elevara. Estoy seguro de que toda la vegetación que rodea la explanada es igualmente artificial.

—Es cierto —dijo una voz, hablando con dificultad a causa de la carrera realizada—. Lo he comprobado personalmente.

Todos se giraron al recién llegado y pudieron ver el rostro sudoroso y preocupado de Mihail Karova. Hubo un largo silencio y Nadia corrió junto a su padre buscando refugio entre sus brazos.

El ruso paseó la mirada en derredor y casi recuperado el ritmo normal de su respiración, siguió informando:

—Yo me he criado en el campo de Ucrania. Desde el primer momento observé algo extraño en esas plantas y decidí examinarlas de cerca. Al principio lo achaqué a las posibles condiciones de vida en este astro. Luego he podido comprobar, sin lugar a dudas, quese trata de plantas artificiales. Son perfectas, pero… puedo asegurar que no son naturales.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —estalló excitado un colono de ojos brillantes—. Nos encontramos en un astro muy lejano a la Tierra donde todo es diferente. ¿Acaso no nos han dejado las cajas con los víveres y la maquinaria?

Freeman reparó en la colérica observación del individuo y desvió la mirada a las grandes cajas estibadas no muy lejos del lugar donde se encontraban. En buena lógica debían contener provisiones para los primeros tiempos de estancia en el astro y toda la maquinaria necesaria para construir viviendas y trabajar el campo.

El joven sacudió la cabeza, al tiempo que componía una mueca escéptica.

—Apuesto a que nos llevaremos una desagradable sorpresa cuando se abran esas cajas.

Todas las miradas convergieron en él.

Unas eran miradas angustiadas de las mujeres, incluidas Nadia Karova y Mónika Kreuss. Otras llenas de recelo y confusión procedentes de los hombres que lo rodeaban.

El mismo sujeto que se había enfrentado momentos antes a Mihail Karova gritándole, dejó escapar un gruñido:

—Vamos a salir de dudas, maldita sea.

Varios hombres fueron con él a las cajas y subieron ágilmente a ellas. Utilizaron cortas herramientas para despegar la primera tapa y cuando lo consiguieron tras un gran esfuerzo se inclinaron escrutando el interior ansiosamente.

Freeman captó en seguida la expresión angustiada que aparecía en aquellos semblantes. El colono que se había erigido en jefe del pequeño grupo, musitó atónito:

—¡Está vacía!

Un escalofrío de pavor estremeció a las quinientas personas congregadas en torno a las cajas y un silencio impresionante gravitó sobre todos ellos.

Los mismos hombres que habían abierto la primeracaja procedieron a despegar otras tapaderas con febriles movimientos. Y cada una más que se abría incrementaba el desaliento de los colonos. ¡Todas las

cajas estaban vacías!

Finalmente saltaron al suelo los individuos que se habían encargado de abrir las cajas. En sus rostros, y en los de todos los reunidos, se pintó la desmoralización.

El silencio cayó sobre ellos como una pesada losa.

Mihail Karova, rodeando los hombros de Nadia con el brazo, fue el primero en romperlo.

—Nuestros males no se acaban aquí.

El sujeto de carácter sanguíneo se encaró al ucraniano, mascullando:

—¿Es que sólo sirve para dar malas noticias, viejo?

Doug Freeman se adelantó un paso mirándolo duramente.

—Déjelo en paz, amigo. Este hombre no tiene la menor culpa de lo que sucede.

El colono miró de arriba abajo a Freeman, prietos los maxilares.

—No se meta conmigo si no quiere salir malparado, Freeman —farfulló, ceñudo—. Siempre digo lo que me viene en gana.

Doug dejó escapar una fría sonrisa.

—Adelante —invitó con los ojos convertidos en dos trocitos de hielo—. Siga metiéndose con Mihail y le vuelo la dentadura.

Luther Kreuss saltó entre los dos, recriminando furioso:

—¿Es que no se les ocurre otra cosa que pelear? Debemos mantenernos unidos si queremos salir de este apuro. —Hizo una pequeña pausa y se encaró al padre de Nadia suavizando el tono de voz—: ¿Qué nueva desgracia presiente, Mihail?

Pero no hizo ninguna falta que el ucraniano respondiese.

Una mujer se llevó las manos al cuello con desesperación.

—Me ahogo...—pudoarticular trabajosamente.

Su marido impidió que se derrumbara sujetándolaentre sus brazos.

La mirada atónita sin comprender lo que ocurría. De pronto, también él sintió que faltaba aire en sus pulmones y ambos rodaron por el suelo.

Otras personas también empezaron a sentir la falta de oxígeno y se echaron al suelo, aferrándose el cuello con ambas manos.

Doug Freeman no tardó en darse cuenta de la aterradora verdad.

¡Aquella zona del satélite de Oberón se estaba quedando sin oxígeno por momentos!

Comprendió que iban a morir sin remedio.

CAPITULO III

—En efecto —aprobó Mihail Karova, sujetando con más fuerza a su hija contra sí—. Dentro de media hora, a lo sumo, no quedará oxígeno alguno a nuestro alrededor.

Después de los primeros instantes de perplejidad, la reacción de los colonos se produjo de formas muy distintas, aunque todas ellas de un patetismo abrumador.

Algunas mujeres se arrodillaron en la hierba artificial y rompieron en sollozos apoyando la frente en el suelo mientras sus esposos trataban de serenarlas con torpes ademanes y confusas palabras. Ellos necesitaban igual que sus esposas la tranquilidad que intentaban infundirlas sin conseguirlo.

Otros corrieron alocadamente hacia los límites de la explanada en vano intento de escapar a la muerte cierta que gravitaba sobre el grupo atrapado en aquel lejano astro.

Fueron los primeros en derrumbarse y rodar por el suelo sujetándose la garganta con ambas manos.

El aire se hacía cada vez más pesado.

En el suelo, Flint Anderson miró desesperado a Freeman.

—¿Qué podemos hacer, Doug?

El joven levantó los hombros rabioso.

—¿Cómo infiernos quieres que lo sepa? Estos canallas están llevando a cabo el asesinato en masa, maldita sea.

Mihail Karova era quizá el más sereno de todos y sacudió la cabeza pensativo. —Hay algo que no encaja.

Muchas miradas se posaron en él e inquirió Luther Kreuss:

—¿A qué se refiere, Mihail?

—Cuando abandonamos la nave existía aire aquí abajo —siguió dubitativo el ucraniano—. ¿Cómo es posible que pueda desvanecerse hasta hacernos morir por falta de oxígeno?

—¿Quiere decir que hay alguna posibilidad para nosotros? —siguió preguntando ansiosamente el alemán—. Puede que los que tengamos mejores pulmones. .

Doug Freeman movió la cabeza en sentido negativo. —No te hagas ilusiones, Luther. La muerte del grupo está programada y nadie escapará.

Luther Kreuss apretó las mandíbulas. —¡Maldita sea, Doug!

—Sólo tienesque echar un vistazo a tu alrededor, Luther —cortó el joven la imprecación de Kreuss—. Algunos compañeros de viaje ya han muerto asfixiados. Freeman estaba diciendo la verdad. En la gran explanada de hermoso césped artificial yase encontraban muchoscuerposinmóvilesconlas manos engarfiadas en el cuello y una expresión de sufrimiento plasmada ensus amoratadosrostros. Un espectáculo dantesco.

Los colonos cósmicos que habían partido ilusionados de la Tierra estaban siendo sacrificados de una forma monstruosa. Inmolados por unos motivos que escapaban a toda comprensión humana.

Cada vez eran menos los que todavía se mantenían en pie. Hombres y mujeres se desplomaban en el suelo con los semblantes sudorosos y un rictus de dolor crispando sus facciones.

Mónika Kreuss dobló las rodillas y su esposo la sujetó por las axilas evitando que cayera.

Doug Freeman observó que los enormes y cándidos ojos de Nadia Karova permanecían fijos en él como queriendo transmitirle un mensaje que no podía pronunciar con la boca.

Sintió que en su pecho hervía una sorda rabia.

Mihail hacía inauditos esfuerzos por mantenerse derecho, pero comprendió Freeman que sus pulmones estaban a punto de estallar. El padre de Nadia moriría de un instante a otro.

De los quinientos colonos sólo quedaban unos veinte con vida.

Doug Freeman se alejó bruscamente de allí no queriendo presenciar aquella escena apocalíptica. No deseaba ver como se tornaba morado el bello rostro de Nadia.

De pronto, cuando se encontraba justo en el lugar donde había

estado posada la Supernave, notó que en aquella zona se hallaba condensada una mayor cantidad de oxígeno. Inspiró con fuerza llevando aire a sus pulmones y se sintió renacer.

Llamó excitado a sus amigos:

—¡Aquí hay oxígeno!¡Venid en seguida!

En principio creyeron sus compañeros que el miedo a la muerte lo hacía desvariar. Pero poco después, cuando se reunieron con él, pudieron comprobar la veracidad de sus palabras.

Los supervivientes llevaron oxígeno a sus doloridos pulmones y una esperanza anidó dentro de ellos. Flint Anderson ladeó la cabeza mirando a Freeman.

—¿Cómo puede explicarse esto, Doug?

—No lo sé, Flint.

—El caso es que podemos seguir respirando —gruñó Kreuss, reanimando a su esposa—. Eso es lo importante.

Pero de nuevo tuvo que volverlos Mihail Karova a la realidad.

—No haceros ilusiones, muchachos.

Luther Kreuss lo miró brillantes las pupilas.

—¿Piensa darnos otra mala noticia, Mihail? Es evidente que por un extraño fenómeno tenemos aire aquí, ¿no?

—Es algo efímero, Luther —levantó los hombros el ucraniano—. Y créeme que lo siento de veras, muchacho.

—¿Cómo puede estar tan seguro, Mihail?

El campesino ucraniano se tocó el pecho con la mano y sonrió apagadamente.

—Mis pulmones son ya viejos, Doug. Acusan cualquier anomalía con anterioridad a los vuestros. Este oxígeno que ahora respiramos durará escasamente unos minutos.

Pronto comprendieron todos que no le faltaba razón a Mihail Karova. Los primeros síntomas de que el aire volvía a faltarles no tardaron en aparecer.

En esta ocasión, el oxígeno se desvanecía con mayor rapidez.

Mónika Kreuss -fue la primera en derrumbarse sin que Luther pudiera hacer otra cosa que arrodillarse junto a ella y asistir a su muerte contraído el rostro. Unsollozo pugnaba por brotar de su garganta.

De repente, se percató Freeman que Nadia dejaba de sollozar y su cabeza se apoyaba en el pecho del cadáver de su padre. No podía verle el rostro, pero-tuvo el convencimiento de que acababa de morir.

Crispó los puños incapaz de aproximarse a la chica.

No deseaba contemplar su bonito rostro desfigurado por el dolor que antecedía a la muerte.

Vio que Flint se postraba de rodillas sudorosa la cara.

Quiso dar unos pasos endirección a él, pero cayó de bruces sintiendo sus pulmones a punto de estallar. Un agudo dolor le atenazó el pecho y ya no pudo incorporarse de nuevo.

La muerte acabó pronto con él.

De los quinientos colonos que habían partido de la Tierra dispuestos a luchar en un mundo nuevo...sólo ¿quedaban cadáveres.

En su interior viajaban el comandante de la Supernave y su primer oficial. Era éste quien conducía la diminuta nave y su jefe tomaba asiento en la parte posterior.

Minutos más tarde se hallaban situados a unos treinta metros por encima de la verde explanada cubierta de cadáveres.

Ambos hombres contemplaron inexpresivamente a los quinientos colonos muertos en las más grotescas posturas. En sus rostros de duras facciones no se alteró ni un músculo.

Finalmente, después de comprobar, una vez más, que ninguno de aquellos cuerpos tenía vida, dijo el comandante:

—Podemos regresar a la Supernave, Coleman.

El primer oficial movió la cabeza afirmativamente.

—Misión cumplida, ¿eh, señor?

—Exacto, Coleman.

Remontando nuevamente el vuelo, comentó el primer oficial:

—Esto puede ser descubierto algún día, señor. Y a buen seguro que no gustaría a la opinión mundial.

—Eso no debe preocuparnos, Coleman —respondió secamente el comandante—. Pertenecemos a la Milicia Astral y nos limitamos a obedecer órdenes directas del Consejo de los Seis.

* * *

En el vientre de la gigantesca Supernave 1.031, inmovilizada a más de cincuenta mil metros de altitud, se abrió una compuerta y por el hueco salió un pequeño biplaza que pronto alcanzó una vertiginosa velocidad en descenso.

CAPITULO IV

—No, no está muerto, Doug Freeman.

Tendido en una camilla de formas anatómicas parpadeó repetidas veces el joven y paseó una curiosa mirada por la estancia donde se encontraba. Una habitación rectangular de paredes desnudas, a excepción de un raro artilugio electrónico situado sobre la misma cabecera del lecho.

Un sujeto se hallaba a su lado. Tendría unos cuarenta y cinco años, fornido y de gruesas cejas pobladas. Al comprobar que Freeman abría los ojos, forzó una mueca que quiso ser sonrisa.

—No tiene nada que temer, Freeman. Desde este instante puede levantarse, hablar, correr... En una palabra, puede hacer lo que le venga en gana, puesto que se encuentra con vida y sus facultades físicas son excelentes.

El joven se mesó los cabellos en mecánico ademán.

—No comprendo...

—Mi nombre es Peter Borrow —volvió a sonreír el fulano—. Pronto lo comprenderá todo, Freeman.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Es sencillo. Lo leímos en su tarjeta de identidad.

—¿Y mis amigos? —inquirió Freeman, recordando de pronto a sus compañeros de viaje—. ¿Qué ha sucedido con ellos?

—Se les está aplicando el mismo sistema de reactivación que a usted, Freeman —explicó Borrow, señalando el aparato sobre la cabecera de la camilla—. La mayoría de ellos se encuentran ya en perfecto estado.

Doug lo miró atónito.

—¿Cómo es posible...? Nosotros hemos muerto asfixiados.

—Yo también experimenté la misma sorpresa que usted al ser reactivado por los oberanos, Freeman —-fue diciendo Peter Borrow—.

Se trata de un procedimiento que utilizan los nativos de Oberón desde hace muchas décadas. Consiste en la introducción de oxígeno de alta presión en el organismo al tiempo que se lleva a cabo una dilatación de los pulmones. Algo muy complicado para explicárselo en pocas palabras.

Borrow hizo una breve pausa y continuó:

—Lo importante es que se encuentran con vida, Freeman. Y lo mismo ha sucedido con las expediciones enviadas por el canallesco gobierno de la Tierra para que fuesen exterminadas. No ha muerto ni un solo terrícola de los miles que han enviado a Oberón. —El fornido individuo dejó escapar una fría risita y agregó—: Pronto estaremos en condiciones para devolverles la pelota, amigo.

Doug Freeman se incorporó sin ningún esfuerzo y quedó sentado a la camilla. Sacudió la cabeza sin llegar a comprender exactamente lo que le estaba sucediendo y así lo manifestó a Borrow:

—No veo nada claro esto, Borrow.

El otro compuso una mueca y sujetándolo del brazo lo obligó a descender de la camilla, mientras decía:

—Necesitamos este equipo de reactivación para otroscompañeros de usted, Freeman. Venga conmigo y lo pondré al corriente.

Borrow lo condujo a través de unos corredores en los que se cruzaron con algunos colonos que habían viajado en la Supernave con Freeman. El joven observó que todos se encontraban en perfecto estado e iban acompañados por individuos uniformados.

Entre ellosnovioa ninguno desusamigos.

Finalmente se detuvo Peter Borrow frente a una puerta y ésta se abrió automáticamente. Entraron en un despacho someramente amueblado y su acompañante tomó asiento detrás de una mesa, al tiempo que indicaba una silla a Doug.

—Tome asiento, Freeman. Como ha podido observar, muchos de sus compañeros de viaje ya se han recuperado. Uno de mis hombres les acompaña para ponerlos al corriente.

Doug no dijo nada.

Esperó a que hablase Borrow.

Y éste no se hizo esperar demasiado. Cruzó los dedos sobre la mesa y clavó una mirada penetrante en el joven.

—Supongo que se ha percatado de los verdaderos motivos de que los trajeran a este astro, ¿eh, Freeman?

—¿Un exterminio colectivo?

—En efecto. A los dirigentes de nuestro planeta no les ha importado recurrir al exterminio colectivo como otra medida más de solucionar el problema demográfico que los atosiga. Que sea algo canallesco, inhumano les tiene sin cuidado. Varias supernaves realizan continuamente viajes a Oberón, donde cada vez depositan a un buen número de compatriotas nuestros que ellos creen exterminar.

Doug Freeman se masajeó el mentón.

—Sin embargo, hay una cosa que no comprendo.

Peter Borrow pareció leerle el pensamiento.

—¿Qué al descender en la superficie de Oberón encuentranairecompletamenterespirable?

El joven afirmó moviendo la cabeza y Borrow explicó con una fugaz sonrisa plasmada en el rostro:

—Es muy simple, Freeman. Desde la misma super-nave crean un amplio campo de atmósfera con suficiente oxígeno como para que nadie sospeche. Naturalmente, ese oxígeno desaparece en cuanto la supernave despega de nuevo.

Doug apretó los maxilares.

—¡Esos miserables...!

—Los verdaderos culpables no son los tripulantes que los traen aquí, aunque tengan su parte de culpa. Los criminales repugnantes son los dirigentes de la Tierra.

—¿Se refiere al Consejo de los Seis?

—Y también es posible que otros jefes terrestres estén enterados del asunto, Freeman. Lo que ocurre esque nadie se atreve a oponerse a las disposiciones adoptadas por el alto organismo rector. Doug chasqueó la lengua.

—Eso se hace difícil de creer, Borrow. Si en la Tierra llegara a conocerse esta canallada la opinión pública se levantaría contra el Consejo de los Seis y no tardarían en ser juzgados por criminales.

Peter Borrow lo miró con una chispa bailándole en las pupilas.

—Ya se cuidan de que nadie hable, Freeman. —Pero… ¡tienen que haber demasiadas personas enteradas de lo que ocurre! Un plan de tanta magnitud es imposible realizarlo entre un reducido número de personas.

Borrow torció los labios escéptico. —¿Aún cree en los sentimientos humanos, Freeman? El hombre se ha convertido en una máquina destructora, materialista, inhumana… No tenga la menor duda de ello.

Doug sacudió la cabeza. —Me resisto a creer una cosa así. Peter Borrow encogió los hombros displicente. —Ese es problema suyo, Freeman —hizo una pequeña pausa y añadió endurecido súbitamente el semblante—:Pero desde luego, cuento con usted para llevar a cabo la venganza.

Doug respingó arrugando el ceño. —¿La venganza…? Borrow rioagriamente.

—¿Qué supone? —inquirió a su vez, brillantes de infinito odio las pupilas—. No vamos a consentir que los dirigentes de la Tierra sigan adelante con su infame plan. Ni lo sueñe, Freeman.

—No comprendo adonde quiere ir a parar, Borrow. El sujeto de las pobladas cejas dejó escapar un ruidoso resoplido y empezó a decir lentamente:

—Todos los terrícolas que nos encontramos en este astro consideramos a los oberones como excelentes amigos. Aquí podemos movernos con absoluta libertad, libres completamente. El rey Opalis de Oberón se muestra encantado de prestarnos su ayuda y de tenernos comohuéspedes.Comprendeperfectamentenuestrapostura.

—¿A qué postura se refiere, Borrow?

El otro le cortó haciendo un brusco ademán.

—Antes déjeme ponerle al corriente de las peculiaridades de este astro, Freeman. Los escasos habitantes del satélite viven en ciudades distribuidas en un radio bastante limitado de la superficie. Son ciudades construidas bajo la protección de enormes cúpulas y

comunicadas entre sí por medio de galerías subterráneas. En un tiempo, era posible vivir sobre la superficie de Oberón. Pero el oxígeno se extinguió debido a un fenómeno atmosférico y sólo quedó la vida ígnea bajo su corteza que por la permanente transmisión de calor, sigue manteniendo una temperatura óptima en este astro. Los oberanos se vieron obligados a construir sus actuales ciudades donde se mueven en espacios reducidos. Sin embargo, no dudan en dar cobijo a todos los terrícolas que son abandonados por las supernaves, aún a riesgo de que en un tiempo no demasiado lejano pueda costarle la vida a ellos. ¿Comprende por qué hemos de considerar a esta gente como sinceros amigos, Freeman? Me consta que tanto el rey Opalis como su hermosa hija Hulaj, nos aprecian de veras.

Después de un largo silencio, preguntó Doug:

—¿Opalis es el soberano absoluto del satélite?

—En efecto —cabeceó Borrow—. Y su hija Hulaj es la heredera directa a título de reina. Como puede ver tenemosaseguradala amistad del pueblo oberano.

De pronto se incorporó Peter Borrow y sin aguardar el nuevo comentario del joven, dijo:

—Ahora venga conmigo, Freeman. Deseo enseñarle algo que posiblemente lo deje atónito.

Ambos hombres abandonaron el despacho y Freeman fue conducido otra vez por los largos corredores subterráneos. Volvió a cruzarse con miembros de su expedición, pero tampoco en esta ocasión pudo descubrir a sus amigos entre ellos.

Por el camino fue diciendo Borrow: —Yo soy el jefe absoluto de todos los terrícolas que se encuentran en las distintas ciudades de Oberón, Freeman. No debe olvidarlo en ningún momento, ¿me comprende?

—Creo que sí.

Peter Borrow soltó una risotada.

—Pero aunque lo olvidara no importa, Freeman —se contradijo a sí mismo—. En Oberón no tendría la menor posibilidad de sobrevivir. La fidelidad de mis hombres es total.

Doug prefirió no hacer ningún comentario.

Finalmente llegaron ante una gran puerta metálica después de caminar largo rato y doblar en varias ocasiones a derecha e izquierda. Borrow oprimió un resorte y la hoja metálica giró sobre sus goznes sin producir el menor ruido.

Tan pronto hubieron traspasado el umbral parpadeó asombrado Freeman.

Se encontraban en un vasto hangar donde Doug pudo contar veinte naves interplanetarias, majestuosas sobre trípodes de lanzamiento, listas para volar por el espacio.

Borrow las señaló con el índice y rio torcidamente.

—Con ellas invadiremos la Tierra, Freeman —dijo con énfasis—. Los muertos regresaremos a nuestro punto de partida.

CAPITULOV

Doug Freeman permaneció silencioso unos segundos.

Luego se giró, clavando la mirada en el jefe Borrow.

—¿Qué pretende exactamente, Borrow?

—Suponía que mis propósitos estaban lo suficientemente claros para usted, Freeman —se extrañó mordaz Borrow—. Es evidente que los terrícolas de Oberón pensamos regresar a nuestro planeta y no de una forma pacífica precisamente.

El joven compuso un gesto burlón.

—No me diga que atacará la Tierra con esas naves, Borrow. La Milicia Astral los destruiría sin que ni siquiera llegara a pasar de la órbita de Júpiter.

Ahora le tocó reír sarcástico a Borrow.

—¿Eso es lo que piensa, Freeman?

—Escuche, Borrow...

—¡Escúcheme usted a mí, Freeman! —estalló furioso súbitamente Peter Borrow—. ¿Imagina que sólo dispongo de las naves que usted ve aquí? Para su información le diré que en otras ciudades hay muchas más naves como éstas. Están construidas con materiales de Oberón y puedo garantizarle que no son inferiores a los utilizados en la Tierra. Sus armas son de una técnica avanzada y cada una de ellas posee poder suficiente para causar estragos irreparables en el lugar donde ataque.

Doug pensó que aquel fulano era un fanático homicida obsesionado con llevar a cabo su venganza y decidió no contradecirlo. En aquellas circunstancias podía resultar peligroso para su integridad física. No obstante, sería igualmente contraproducente darle la razón de inmediato.

Por eso objetó dubitativo:

—De todas formas, creo que es algo casi imposible, Borrow.

Las pupilas de éste se iluminaron codiciosas. —No, si atacamos por sorpresa, Freeman. —Hace falta disponer de un plan perfecto, Borrow. —Lo tengo. Sólo me faltan algunos tripulantes para llevarlo a cabo, pero con la llegada de ustedes, ha quedado resuelto. Tan pronto sean adiestrados nos pondremos en movimiento.

Lanzó una fuerte risotada y agregó: —No saben esos cerdos lo que les espera. Doug se pasó la diestra por el mentón. —¿Habrán oberanos en las naves, Borrow? El individuo se giró bruscamente al joven y entornó los párpados, escrutándole el rostro.

—Eso lo sabrá llegado el momento, Freeman —dijo torvo—. Aquí puede moverse con entera libertad, pero constituye un delito punible hacer demasiadas preguntas.

El jovenalzó loshombrosindiferente. —Perdone, Borrow. No lo sabía.

—Ahora que lo sabe, es mejor que no lo olvide —masculló Borrow —. Mañana mismo comenzará su adiestramiento. Me imagino que con usted no existirán problemas, ¿eh, Freeman? —¿A qué se refiere?

—He leído su ficha microscópica del dorso de su; tarjeta de identidad, Freeman. Sé que usted perteneció] en un tiempo a la Milicia Astral. Luego la abandonó voluntariamente y se convirtió en un aventurero. No le costará mucho aprender el manejo de los mandos. Doug dio una cabezada afirmativa. —Eso espero, Borrow.

—Ahora lo acompañaré a su alojamiento. Tendrá que compartirlo con otras personas. Me refiero a hombres, desde luego. ¿Tiene preferencia por alguno de sus compañeros de viaje?

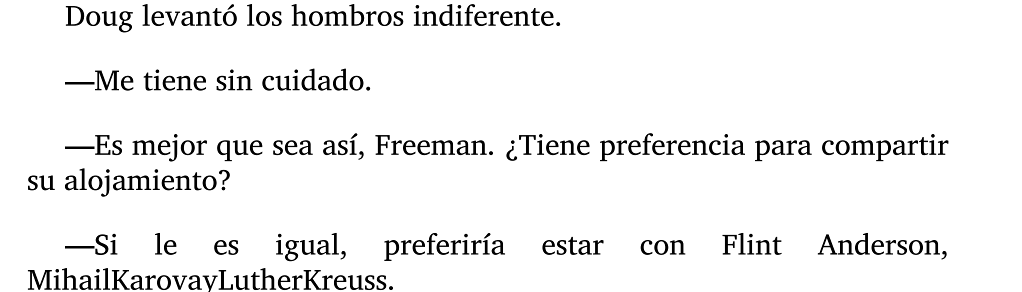
El joven arqueó las cejas.

—¿Es posible eso?

—¿Por qué no? —asintió Borrow—. Ya le he dicho que aquí disfrutamos de entera libertad. Y por otra parte…, ¿hasta dónde cree que llegarían, en caso de querer escapar?

—No he pensado en eso, Borrow.

—Desde luego —rio el otro—. Pero es mejor que lo sepa, por si tiene un mal pensamiento. Todos los corredores se encuentran vigilados por hombres de mi absoluta confianza.



Doug levantó los hombros indiferente.

—Me tiene sin cuidado.

—Es mejor que sea así, Freeman. ¿Tiene preferencia para compartir su alojamiento?

—Si le es igual, preferiría estar con Flint Anderson, MihailKarovayLutherKreuss.

—De acuerdo —concedió Borrow—. Precisamente los habitáculos son para cuatro personas. ¿Está seguro de que ellos también desean alojarse en su compañía?

—Somos amigos.

—Muy bien, vamos.

Minutos más tarde, se encontraba Doug Freeman con sus tres compañeros de viaje. A pesar de la alegría que manifestaron al volverse a ver, el joven vislumbró una honda preocupación en sus semblantes.

* * *

Doug examinó a fondo el habitáculo, comprobando que no habían micrófonos instalados en él. Después de haberse convencido, se giró a Flint Anderson y exclamó:

—¡Ese Borrow está loco de remate! ¿Sabéis lo que pretende?

—Hemos sido informados debidamente, Doug —respondió Anderson grave—. La mente de ese tipo debe estar desquiciada.

—Todo es lógico, muchachos.

Los tres jóvenes miraron asombrados al ucraniano Karova, que era el que había hablado.

—¿Encuentra lógico atacar la Tierra, Mihail?

—Eso no, Doug —denegó el padre de Nadia—. Lo que encuentro lógico es el profundo odio de Peter Borrow. Hemos de reconocer que

nuestros compatriotas se han comportado como criminales.

Doug Freeman apretó las mandíbulas, encarándose a Karova.

—Hace mal en generalizar, Mihail. De acuerdo que el Consejo de los Seis está llevando a cabo un plan indigno de seres humanos. Pero en el planeta existen millones de personas inocentes que se rebelarían igual que nosotros si supieran lo que está ocurriendo. No tienen porqué pagar por un crimen que no están cometiendo.

Mihail Karova sacudió la cabeza forzando una sonrisa.

—Me has interpretado mal, Doug. De ninguna manera puedo estar conforme con los planes aniquiladores de Borrow. Lo que deseo haceros comprender es que ese hombre está lleno de odio, es indudablemente un psicópata, que no se detendrá ante nada. Y eso es precisamente lo que encuentro lógico en un ser como él.

Doug apretó los puños.

—Pero hemos de impedirlo a toda costa.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Doug.

El alemán Luther Kreuss los miró a ambos con una expresión de incredulidad en la cara.

—¿Es que están chiflados? ¿Qué podemos hacer nosotros para impedir que Borrow se salga con la suya?

El padre de Nadia emitió un suspiro.

—Probablemente, nada.

Flint Anderson terció en la conversación:

—Esto es un cuartel lleno de hombres disciplinados y fieles al maldito loco de Borrow. Y nosotros ni siquiera disponemos de armas para abrirnos camino hasta una de las naves y escapar.

Freeman se hallaba desde hacía unos instantes en actitud meditativa y de repente, levantó la cabeza.

—Tengo un plan.

Tres pares de ojos se clavaron en él, esperando a que siguiera hablando. Como Doug continuara en silencio, apremió Anderson:

—¿De qué se trata, Doug?

El joven tardó unos segundos en responder todavía. Después empezó a decir paseando la mirada por los otros:

—Peter Borrow quiere que aprendamos el manejo de esa naves, ¿no? A la primera ocasión que se presente, trataremos de huir en una de ellas. Será arriesgado, ya que iniciarán una persecución inmediata, pero con un poco de suerte, lo podemos conseguir.

Flint Anderson dio un desilusionado manotazo al aire.

—Olvídalo, Doug. Jamás lograré tripular una de esas naves con la suficiente maestría como para eludir a los perseguidores. Te has olvidado de que somos colonos y no cosmonautas.

—Yo estuve enrolado en la Milicia Astral —confesó Doug, aferrado a su plan—. No me resultará difícil aprender el manejo de los mandos.

Hubo un silencio y lo rompió Kreuss preguntando:

—¿Y las mujeres? Por mi parte, no estoy dispuesto a que Mónika se quede en manos de esta gente. ¿Qué opina usted, Mihail?

El ucraniano movió la cabeza en sentido negativo.

—Yo tampoco abandono a Nadia.

—De acuerdo —resolló Doug—. Reconozco que por un momento me había olvidado de las mujeres. Sin embargo, alguien tiene que avisar a la Tierra. No podemos cruzarnos de brazos mientras se planea un ataque que acabará con millones de personas.

Flint Anderson se estaba rascando la rubia cabellera y se encaró decidido a Freeman.

—¿Qué tal 6i lo intentamos tú y yo, Doug?

Freeman lo miró brevemente a los ojos y acto seguido posó la diestra en el hombro del sueco, dedicándole una fugaz sonrisa.

—Gracias, Flint.

—No hay de qué, Doug —sonrió también Anderson—. Hay ocasiones en que se debe... echar narices al asunto. Aunque eso pueda costamos la cochina vida.

Luther Kreuss se levantó del lecho en que estaba sentado y se enfrentó con cara de circunstancias a los otros dos.

—Espero que comprendáis mi actitud. Dejar a Mónika en poder de esta gente…

—No te preocupes, Luther —lo cortó amigablemente Freeman—. En vuestro lugar, yo tampoco me iría.

En eso se abrió bruscamente la puerta del habitáculo y dos tipos uniformados se enmarcaron en el hueco. Encañonaron con sus armas cortas a los cuatro amigos y uno de ellos se burló fríamente, mirando a Freeman:

—Usted tampoco irá a ninguna parte, Freeman. Hemos escuchado lo suficiente para proceder a su ejecución.

CAPITULOVI

—Mi nombre es Burt Harris y soy subjefe de Peter Borrow. Han tenido ustedes mala suerte, amigos.

Los cuatro expedicionarios recién llegados a Oberón contemplaron al individuo de unos treinta y ocho años, cabellos cobrizos y rostro de facciones herméticas, que se hallaba en la oficina donde habían sido conducidos por los dos guardianes que entraron inopinadamente en el habitáculo, sorprendiéndolos.

Ahora ambos guardianes se encontraban situados uno a cada lado de la entrada, con los brazos cruzados ante el pecho. Se mantenían silenciosos, pero no perdían de vista el menor movimiento de los prisioneros.

El fulano que dijo llamarse Burt Harris, avanzó lentamente y se situó frente a los cuatro amigos, que aguardaban erguidos y en línea las palabras del lugarteniente de Borrow.

Este continúo diciendo:

—¿Cómo pudieron pensar que sus palabras no serían registradas?

Doug Freeman se encargó de responderle.

—Yo mismo revisé la estancia y no descubrí ningún micrófono instalado en ella.

Burt Harris dejó escapar una suave risita, deteniéndose ante Freeman y escrutándole el semblante.

—Es usted un iluso, amigo. Antes de que los trajeran a mi presencia, he tenido ocasión de escuchar la grabación de la conversación que mantuvieron. Para su conocimiento, debo decirle que en cada panel de habitáculo se encuentra instalado un micrófono ultrasensibleque se conecta automáticamente a una grabadora. Lo que ocurre es que forman parte de los mismos paneles y escapan a todo examen visual.

Doug Freeman apretó los maxilares y se maldijo interiormente por su estupidez. Debió imaginar algo parecido.

Flint Anderson inquirió con extraña calma: —¿Qué piensan hacer

con nosotros, Harris? El subjefe de Borrow encogió los hombros. —Las leyesde Oberón son bien claras al respecto. Todo delito de deserción es castigado con la muerte.

—Un momento, Harris —intervino Freeman—. ¿Quién ha cometido delito de deserción?

—No sea idiota, Freeman. Desde luego que no ha llegado a consumarse el hecho, pero eso no importa. Aunque jamás hubieran conseguido huir del satélite, para todos los efectos es como si lo hubiesen hecho. Un proyecto de fuga es castigado con la pena máxima. —Eso no es justo, Harris. El otro arqueó las cejas sorprendido. —¿Qué no es justo, Freeman?

—Que estos hombres paguen por mi culpa. Si escuchó la conversación, no ignora que Karova y Kreuss no pensaban intervenir en nuestro plan de fuga. Luther Kreuss masculló macilento el rostro: —No necesitamos abogado defensor, Doug. Deja que esta gente hagan lo que deseen. —Pero, Luther...

—Lo harán de todas formas, digas lo que digas, Doug —lo interrumpió el alemán—. ¿Acaso no lo lees en suscaras?

Burt Harris miró divertido a Kreuss.

—Es usted un valiente, ¿eh?

—Tengo miedo como todo ser humano, Harris —respondió el alemán, manteniéndole agresivo la mirada-—. Pero un día u otro se tiene que morir y tipos como ustedes, son de poca categoría para verme temblar.

—¡Ustedes no pueden matar a esos dos hombres! —estalló furioso Flint Anderson—. Saben perfectamente que no pensaban participar en la huida.

Al echarse hacia delante Anderson, se enderezaronlos dos guardianes y llevaron las manos a sus armas.

Volvieron a su postura impasible al comprobar que el sueco no atacaba a Harris y ver el ademán conteniéndolos de éste.

Hubo un breve silencio.

Burt Harris paseó brevemente por delante de los cuatro amigos y de repente se detuvo ante Doug.

—¿De verdad pensaba que podía llevar a cabo su plan, Freeman?

El joven no respondió.

Burt Harris levantó los hombros desdeñoso.

—Puede guardar silencio si lo prefiere. Eso no cambiará en absoluto su precaria situación. Usted y sus amigos serán conducidos ante el Tribunal Superior y condenados sin la menor duda.

Doug clavó en él una fulgurante mirada.

—Acaben cuanto antes, Harris.

El lugarteniente de Borrow dejó escapar otra suave risita.

—No somos unos asesinos como suponen, Freeman. En estos momentos, la ciudad entera duerme, a excepción de los guardianes de turno. Por la mañana serán llevados ante tres jueces que decidirán si deben seguir viviendo o no. Tendrán su oportunidad.

Doug adelantó los labios sarcástico.

—Lo dudo.

Sin hacerle caso, siguió informando Harris:

—Mientras esperan el momento de ser juzgados, permanecerán encerrados en una celda. Hasta la vista, amigos. Y repito que han tenido ustedes muy mala suerte.

Haciendo una señal a los guardianes, ordenó:

—Llevadlos a la celda.

* * *

Doug Freeman golpeó con los puños cerrados la pared metálica de la celda donde estaban prisioneros.

—Mi estupidez os va a costar la vida —masculló, colérico—. ¿Quién me mandaba involucraros en mi loco proyecto?

Mihail Karova se aproximó a él y posó la diestra en su hombro.

—Lamentarse no sirve de nada, Doug. Estoy convencido de que cada nombre tiene escrito en alguna parte el momento exacto en que morirá. Y no puede escapar a su destino haga lo que haga.

Freeman se giró rápido, mirándolo con ojos brillantes.

—¡No me trate como a un niño, Mihail!

El padre de Nadia sacudió la cabeza, sereno.

—No lo hago, Doug.

—Conozco perfectamente mi culpa. Y esa gente no tiene derecho a hacerlos responsables a ustedes.

Luther Kreuss se adelantó un paso, enfrentándose a Freeman.

—Escucha, Doug, lo más estúpido que puede hacerse en esta vida es lamentarse de lo que ya no tiene remedio. Estoy de acuerdo en que toda la culpa de lo sucedido es tuya. ¿Pero crees que por eso vamos a reprochártelo?

—Tenéis derecho a hacerlo.

—¿Y qué adelantaríamos, Doug?

—¿Acaso no piensas en tu esposa, Luther?

El alemán atirantó los músculos del rostro.

—No he dejado de pensar en ella desde el mismo instante en que nos separamos, Doug —replicó quedamente—. Mónika va a sentirse muy sola cuando le comuniquen mi muerte, si es que lo hacen. Te aseguro que es una mujer maravillosa, que quedará desamparada entre esta gentuza y eso me duele en lo más profundo de mi ser.

Freeman lo miró largamente antes de murmurar:

—Entonces tienes que odiarme, Luther.

El alemán sacudió la cabeza en lenta negativa.

—No, Doug, no te odio. Pretendías salvar la vida de millones de personas inocentes.

Mihail Karova terció, apoyando a Kreuss:

—Tu única culpa es haberte equivocado, Doug. Y no se puede odiar a un amigo porque cometa una equivocación.

Freeman se revolvió, rojas las mejillas.

—¡Eso es demagogia barata, Mihail! Aunque no quieran confesarlo, tienen que odiarme en el fondo.

—No pierdas la calma, Doug —aconsejó Anderson—. Según Harris, todavía disponemos de una oportunidad. Es posible que seamos condenados a otra pena que no sea la muerte.

Doug Freeman inspiró con fuerza y bruscamente, dio la espalda a sus compañeros. Pensó que, en efecto, el mal ya no tenía remedio. Su mente voló después a Nadia y a Mónika. Aquellas dos jóvenes iban a quedar a merced de los terrícolas de Oberón. Quizá alguno deellos llegara a intentar...

No quiso seguir dando rienda suelta a su imaginación, porque sintió que se estaba haciendo mucho daño. La imagen ingenua de Nadia Karova llenaba por completo su cerebro.

Y crispó los puños furioso.

Escuchó que Mihail decía a su espalda:

—Vamos, Doug, es inútil que sigas torturándote. En realidad tienes menos culpa de la que supones.

Freeman se giró despacio, después de unos segundos y miró fijamente al ucraniano.

—¿Qué quiere decir, Mihail?

—Según manifestó Burt Harris, tienen grabado lo que hablamos en la habitación, ¿no?

—Eso fue lo que dijo.

—¿Y no te has detenido a pensar que si los jueces que tienen que juzgarnos son ecuánimes deben declararnos inocentes a Luther y a mí? Nosotros no pensábamos escapar.

Doug se disponía a responder cuando la puerta de la celda se deslizó en desplazamiento lateral y por el hueco entró Burt Harris,

empuñando una pistola en la diestra.

—¿Cómo se encuentran, amigos?

La puerta volvió a cerrarse a espaldas de Harris y éste insistió ante el silencio hosco de los otros:

—Hice una pregunta.

Doug Freeman le dirigió una mirada despectiva.

—¿Ha venido a comprobar que seguimos prisioneros, Harris?

El subjefe de Borrow movió la cabeza en sentidonegativo.

—No, Freeman… Sólo vine a formularles una pregunta.

—Está bien —suspiró desganado Doug—. Hágala y lárguese cuanto antes de aquí, Harris.

—¿Siguen pensando en escapar de Oberón, amigos?

Los cuatro amigos cambiaron una sorprendida mirada entre sí y finalmente, masculló Flint Anderson:

—Usted mismo dijo que eso era imposible.

—Y lo es —asintió Burt Harris—. Pero resulta menos imposible si cuentan con mi ayuda.

CAPITULOVII

Freeman y Anderson se miraron cada vez más asombrados. Finalmente, dejó escapar Doug una risita sardónica.

—Ha sido un buen chiste, Harris. Sólo que no estamos en condiciones de apreciarlo debidamente.

—Estoy hablando en serio, Freeman. Deseo que se unan a mí y escapemos juntos de este astro.

Doug no abandonó su recelo.

—Es una miserable trampa, ¿eh, Harris?

El lugarteniente de Peter Borrow compuso una mueca de contrariedad y dijo, tratando de resultar persuasivo:

—No podemos perder demasiado tiempo, Freeman. Usted estuvo en lo cierto al asegurar que Borrow es un psicópata obsesionado con llevar a cabo el ataque. ¿No comprendenque tienen que confiar en mí?

—¿Por qué?

—Juntos, podemos escapar —siguió hablando vehemente Burt Harris—. Para pilotar esas naves, hacen falta dos hombres como mínimo. Usted y yo podemos hacerlo, Freeman.

—¿Por qué no lo hizo antes, Harris?

—No he tenido ocasión —se impacientó el otro—. Ya le he dicho que hacen falta dos pilotos. Todos los que conocen el manejo de las naves, son completamente fieles a Borrow. Hace tiempo que pienso la mejor forma de impedir que lleve a efecto sus proyectos, pero no podía confiar en ningunodesusfieles oficiales. Esehombre parece poseer una fuerzamagnética que los atrae, convirtiéndolos en verdaderos sicarios.

Doug fue a decir algo, pero se le adelantó Mihail Karova:

—Creo que Harris no miente, Doug. El joven se giró, mirándolo.

—¿Cómo infiernos podemos estar seguros, Mihail? —Escuche, Freeman... —tornó a insistir Burt Harris—. ¿Sabe por qué el rey Opalis

se muestra tan hospitalario con nosotros y nos ayuda en todo cuanto le es posible? Yo se lo diré. El rey de los oberanos sabe que si el plan de Borrow triunfa, ellos podrán salir al fin de estas madrigueras y trasladarse a la Tierra. Nuestro planeta tiene una atmósfera similar a la que tuvo en tiempo pasado Oberón. Incluso las temperaturas son casi iguales y se podrían adaptar perfectamente. Luego... es posible que intentaran adueñarse por completo del planeta. Peter Borrow está tan ciego con su venganza, que le hace el juego al rey de esa gente. Nosotros tenemos la obligación de impedir que eso ocurra.

Doug se masajeó el mentón. —Casi me está convenciendo, Harris. —Lo que dice este hombre tiene una base, Doug —apoyóKreuss —.Empiezoaopinar lomismo que Mihail.

—Vamos, Freeman —habló una vez más Burt Harris—. Cada minuto que perdemos, puede resultar precioso.

Doug lo miró a los ojos, todavía con un atisbo de recelo en ellos. Si aquello resultaba una trampa...

Harris le sacó de su abstracción y le tendió la pistola que sostenía en la diestra, cogida por el cañón.

—Esta es una pistola de rayos lumínicos y está cargada, Freeman — dijo gravemente—. Si cree que les estoy tendiendo una trampa, puede cogerla y acabar conmigo.

Doug miró unos instantes el arma.

Finalmente, alargó la mano y empuñó la culata de la pistola, oprimiendo el resorte disparador.

Un rayo anaranjado brotó por la boca del cañón.

* * *

Un par de segundos antes, había desviado Doug el arma y el rayo lumínico surgido de ella se estrelló en la puerta metálica de la celda. Justo en aquel lugar, se abrió un agujero de varios centímetros, cuyos bordes estuvieronunosinstantesalrojovivo.

Burt Harris miraba sereno al joven, aunque sus facciones aparecían

un tanto pálidas.

—¿Qué me dice ahora, Freeman?

Doug movió la cabeza afirmativamente.

—Le creo, Harris.

—Está bien. En ese caso, no tenemos tiempo que perder. Hay que salir de aquí cuanto antes.

Luther Kreuss lo contuvo, haciendo un ademán.

—Eh, Harris.

—Diga, Kreuss.

—No nos marcharemos de Oberón sin llevar con nosotros a mi esposa y a Nadia Karova.

Burt Harris dio una cabezada.

—No se preocupe, ya contaba con eso. Las dos se encuentran en el mismo habitáculo. Es un compartimentodoble y sólo lo ocupan ellas, afortunadamente.

—¿Cree que podremos llegar sin contratiempo hasta ellas, Harris? —inquirió Doug Freeman.

—Supongo que sí, Freeman. Encontraremos algunos centinelas en el trayecto, pero yo me encargaré de ellos. De todas formas, deben tener en cuenta una cosa.

—¿Cuál, Harris?

—Desde el momento en que hemos decidido fugarnos de este astro, estamos corriendo un tremendo riesgo. Es imposible garantizar el éxito de nuestra huida.

—Nos hacemos cargo, Harris —intervino Flint Anderson—. Pero ahora contamos con su inapreciable ayuda.

—Eso es muy importante, por supuesto —convino elsubjefe de Borrow—. Por lo menos me podré aproximar a los vigilantes sin que éstos recelen en absoluto.

—¿A qué estamos esperando?

Los cinco hombres salieron al corredor, después de que Harris hiciera deslizarse la puerta, dejando el paso expedito. Doug iba tras el lugarteniente de Borrow y fue el primero en descubrir a los dos centinelas yacentes enel suelo.

—¿Están muertos?

—Sólo privados del conocimiento —explicó Harris—. La pistola dispone de una doble función; puede matar a una persona desintegrándola, o paralizarla por un período no inferior a siete u ocho horas.

—Comprendo.

—Debemos introducir a los vigilantes en la celda para evitar que sean descubiertos.

Doug aprobó, dando una cabezada.

—Manos a la obra.

Un minuto después, los dos inanimados centinelas se hallaban en el interior de la celda. Burt Harris se apoderó de las pistolas de éstos y las tendió a Anderson y Freeman,que antes de salir, le habíadevuelto lasuya.

—El dispositivo está situado para inmovilizar a cualquiera que se les ponga delante. No duden en utilizarlas si se presenta la ocasión. De la rapidez con que actuemos, depende en gran parte el éxito de la fuga. ¿Han comprendido?

—Descuide, Harris.

—Está bien, vamos.

Los cinco hombres se aventuraron por aquel dédalo de corredores guiados por Burt Harris, que caminaba en primer lugar con la pistola empuñada y dispuesta

a ser disparada.

Al doblar uno de los pasillos retrocedió de repente Harris y se adosó a la pared metálica.

Doug susurró a su lado:

—¿Qué ocurre?

—A unos diez metros, tenemos a dos centinelas. Esperen aquí mientras me encargo de ellos.

—Entendido.

Burt Harris enfundó el arma y recomponiendo el estado de su uniforme, dobló la esquina, caminando con absoluta normalidad en dirección a los vigilantes.

Los dos fulanos se estiraron al verlo avanzar.

Harris llegó junto a ellos e inquirió:

—¿Sin novedad?

Uno de los vigilantes respondió, un tanto extrañado:

—Desde luego, Harris. ¿Por qué iba a suceder algo anormal?

—Por nada...

Súbitamente, llevó Burt Harris la diestra a la culata de la pistola y sacándola de la funda efectuó dos rápidos disparos.

Los sorprendidos vigilantes boquearon de asombro y a continuación sus cuerpos se pusieron rígidos. Ambos hombres se desplomaron, dejando escapar de sus gargantas un leve gemido.

Doug ya había doblado la esquina y se aproximaba a Harris.

—Esta puerta pertenece al laboratorio de cibernética —dijo éste, señalando la entrada que custodiaban los vigilantes—. Écheme una mano para meterlos dentro. A estas horas, no trabaja nadie en él.

Después de haber ocultado a los dos individuos en el laboratorio, ayudados por Flint y Luther, quiso saber Doug:

—¿Se encuentra muy lejos el habitáculo de las chicas, Harris?

—No mucho.

—¿Como cuánto es «no mucho», Harris?

—Está a unos cinco minutos de aquí, Freeman.

—¿Encontraremos a otros vigilantes por el camino?

Burt Harris se encogió de hombros.

—Eso se lo diré cuando lleguemos, Doug. Vamos, cada minuto tiene un valor incalculable para nosotros.

De nuevo echaron a andar por el corredor y desembocaron en otro, sin que nada sucediera. Caminaban en fila y lo hacían sigilosamente, por indicación del propio Harris.

Se introdujeron en otro pasillo sin novedad y en unmomento dado, cuando ya alcanzaban la siguiente esquina, se giró Harris.

—Esta es la galería 26, Doug. El siguiente corredor es el perteneciente a la estancia de mujeres.

—Adelante, Harris.

Doblaron el otro corredor sin que viesen a nadie en él.

—Es la puerta número 243 —dijo Harris—. La penúltima de la derecha.

Estaban a punto de llegar ante ella, cuando una puerta se abrió a espaldas del grupo. Justo después de haber pasado Mihail Karova, que caminaba en último lugar.

Una voz bronca, preguntó detrás de los cinco:

—¿Adónde creenque van?

Todos se volvieron sorprendidos y observaron al sujeto que los encañonaba desde el hueco abierto, después de que hubieron pasado frente a él. La pistola, firmemente empuñada, cubría cualquier reacción violenta procedente del grupo.

Prietoslospuños, inquirió Doug:

—¿Quién es ese tipo, Harris?

—Leo Cacavas —suspiró abatido el subjefe de Borrow—. El individuo más sanguinario que he conocido jamás.

CAPITULOVIII

—Te falta agregar algo, Harris —rio siniestro el individuo que lucía en su guerrera el distintivo de oficial mayor—. Pertenezco al cuerpo de alta graduación de Borrow y siempre he pensado que eras un traidor en potencia.

—Lo que ocurre es que siempre envidiaste mi posición, Cacavas.

El otro volvió a emitir una fría risita.

—Es posible, Harris, pero ya se acabó. Te prometo sentir un placer inusitado cuando presencie tu ejecución. Borrow se llevará un desengaño contigo, compañero. Aunque se lo tiene merecido, por confiar en individuos de tu...

Doug Freeman aprovechó la ocasión de que Leo Cacavas tenía los ojos llameantes de odio fijos en Harris.

Se lanzó inesperadamente en felina zambullida hacia las piernas del oficial de Borrow, que se hallaba a unos cuatro metros de distancia. Logró sorprenderlo en parte y su cuerpo contactó violentamente contra las piernas del enemigo.

Leo Cacavas oprimió el disparador al derrumbarse.

El rayo lumínico que surgió de su arma se dirigió al techo del corredor y abrió un orificio en la plancha.

Y Leo Cacavas no pudo seguir disparando.

Doug Freeman estaba subido a horcajadas sobre su pecho y le arrebató la pistola de un manotazo. Acto seguido lo golpeó sañudamente con demoledores puñetazos de derecha a izquierda.

Cacavas forcejó por quitárselo de encima, pero eljoven no estaba dispuesto a consentirlo y siguió pegando duramente.

Apenas había transcurrido un minuto y medio cuando se terminó la resistencia del oficial de Borrow. Freeman continuaba pegando y tuvo que sujetarlo Flint Anderson.

—Ya tiene bastante, Doug.

Resollando, se incorporó el joven.

Leo Cacavas quedó tendido en el suelo, desmadejado y con el rostro sangrante.

Burt Harris le dirigió sin titubeos un rayo paralizador.

Una vez tuvieron la certeza de que Cacavas quedaba fuera de circulación por unas siete u ocho horas, fue introducido en la habitación que ocupara.

Cerraronla puerta y siguieron su camino.

Poco después entraron en el habitáculo de Nadia y Mónika, que se quedaron mudas de asombro al verlos aparecer. El joven matrimonio alemán se unió en un prolongado y enternecedor abrazo.

También Nadia buscó refugio en los brazos de su padre, cuando pudo salir de su estupefacción.

Burt Harris cortó las efusiones afectivas de las dos parejas.

—No hay tiempo que perder, amigos. Debemos llegar a los hangares en seguida.

Antes de salir del habitáculo, Nadia Karova tendió la diestra a Freeman, dedicándole una cálida sonrisa que hizo sentir al joven un extraño desasosiego.

—Me alegro de volver a verte, Doug.

—Oh, yo también me alegro mucho, Nadia. No puedes imaginarte…

—Dejen la conversación para luego —cortó impaciente Harris—. Tenemos mucho trabajo por delante. Salgamos de aquí.

El grupo se internó nuevamente por el dédalo de corredores de aquella ciudad subterránea, que Burt Harris parecía conocer a la perfección. Se encaminaron a los hangares donde se encontraban las naves dispuestas para el ataque por sorpresa a la Tierra.

Llegaron sin ningún contratiempo a la entrada deuno de los hangares. Harris se encargó de inutilizar el sistema de alarma antes de proceder a franquear la puerta.

Luego hicieron todo con rapidez.

Burt Harris señaló hacia la nave más próxima a la entrada.

—Suban a ésa, vamos —ordenó a los otros—. Por esa escalerilla.

Aquellas naves interplanetarias tenían forma de un gigantesco huevo de gallina. En el costado derecho se abría un agujero circular, que permitía sin demasiada holgura el paso de una persona. Se llegaba hasta él subiendo por una corta escalera de cinco peldaños.

En vuelo, la escalera quedaba dentro de la nave y el orificio se tapaba herméticamente, sin la menor fisura en él.

Mientras sus compañeros iban subiendo, levantó Doug la mirada al lejano techo de la cúpula.

—¿Cómo pasaremos por ahí, Harris?

—Es muy simple, Freeman. Desde el interior de la nave se acciona un mecanismo que la hace salir al exterior de forma automática. Se escapa oxígeno en la salida, pero los generadores están programados para reponerlo sin pérdida de tiempo.

—Ya.

—Vamos adentro, Freeman.

Una vez se encontraron todos en el interior, se dirigió Harris al panel de mandos, haciendo una indicación a los hombres para que lo siguieran.

Explicó de forma elemental y hablando rápidamente el manejo de los mandos más importantes. Sobre todo el encendido de las turbinas y el mecanismo que hacía despegar verticalmente la nave. Después de hacerlo, se giró, mirando a Flint Anderson.

—Usted se encargará de encender las turbinas dentro de diez minutos, Anderson —dijo, consultando el cronómetro de pulsera—. Manténgalas dispuestas hasta que Freeman y yo regresemos.

Doug dejó escapar un respingo.

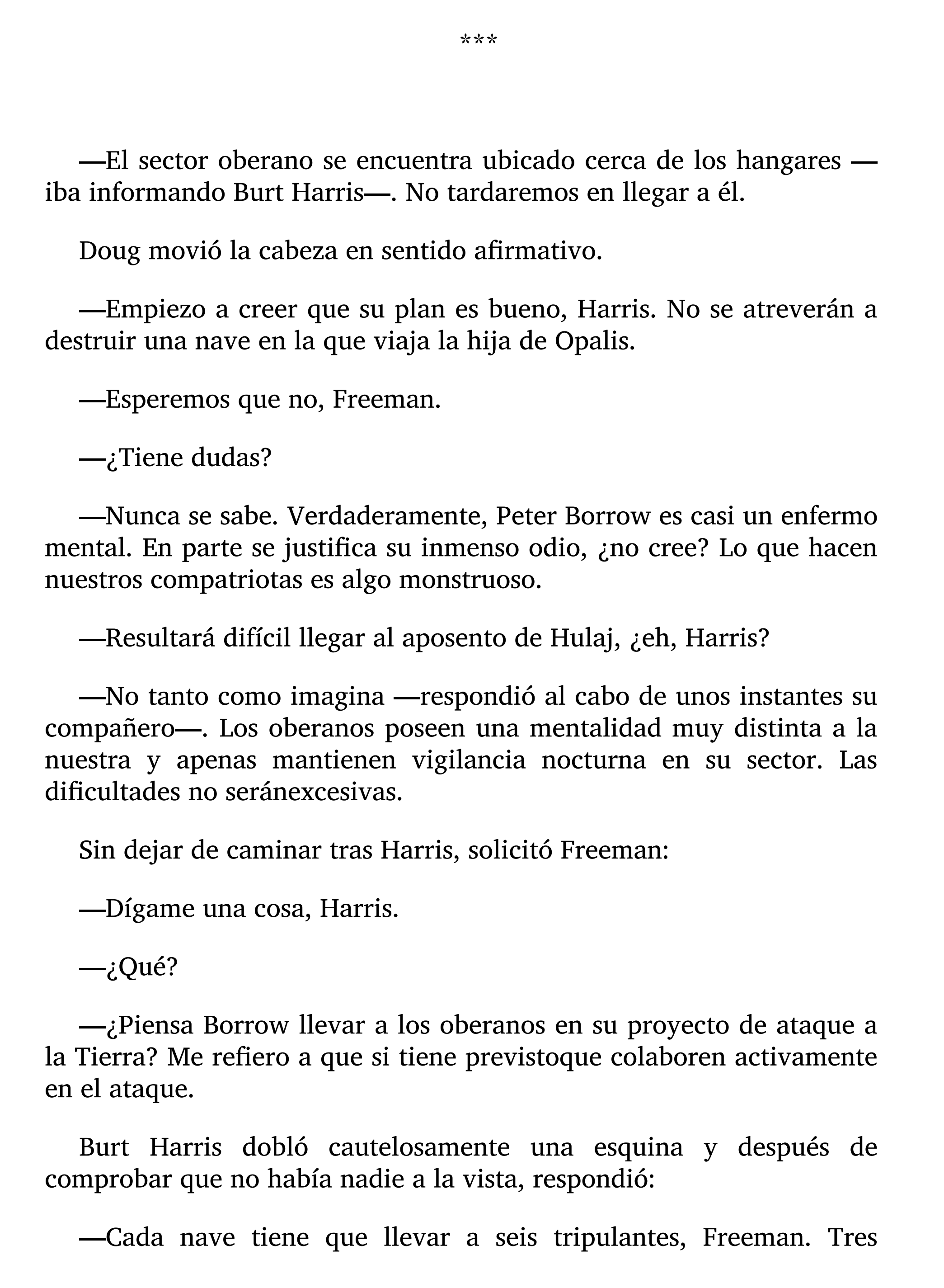
—¿Adónde tenemos que ir, Harris?

—Deseo que llevemos con nosotros a Hulaj —respondió el aludido tranquilamente—. Será una garantía de seguridad.

Doug estaba un tanto sorprendido.

—¿Llevarnos a la hija del rey Opalis?

—Exacto, Freeman.



***

—El sector oberano se encuentra ubicado cerca de los hangares —iba informando Burt Harris—. No tardaremos en llegar a él.

Doug movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Empiezo a creer que su plan es bueno, Harris. No se atreverán a destruir una nave en la que viaja la hija de Opalis.

—Esperemos que no, Freeman.

—¿Tiene dudas?

—Nunca se sabe. Verdaderamente, Peter Borrow es casi un enfermo mental. En parte se justifica su inmenso odio, ¿no cree? Lo que hacen nuestros compatriotas es algo monstruoso.

—Resultará difícil llegar al aposento de Hulaj, ¿eh, Harris?

—No tanto como imagina —respondió al cabo de unos instantes su compañero—. Los oberanos poseen una mentalidad muy distinta a la nuestra y apenas mantienen vigilancia nocturna en su sector. Las dificultades no seránexcesivas.

Sin dejar de caminar tras Harris, solicitó Freeman:

—Dígame una cosa, Harris.

—¿Qué?

—¿Piensa Borrow llevar a los oberanos en su proyecto de ataque a la Tierra? Me refiero a que si tiene previstoque colaboren activamente en el ataque.

Burt Harris dobló cautelosamente una esquina y después de comprobar que no había nadie a la vista, respondió:

—Cada nave tiene que llevar a seis tripulantes, Freeman. Tres

pilotos y tres cañoneros. Estos tres últimos son oberanos y tienen por misión manejar los cañonescuyos proyectiles de energía térmica siembran la destrucción donde quiera que impacten.

Doug apretó los maxilares.

—¡Maldito canalla…!

—No olvide que Borrow es un psicópata cegado por su inmenso odio a los dirigentes de nuestro planeta —hizo una breve pausa Harris y agregó—: Yo lo apoyaría si se tratase sólo de descubrir y castigar a los culpables del infame plan que se está llevando a cabo en la Tierra. Pero al igual que usted, no puedo cruzarme de brazos viendo que morirán millones de seres inocentes por la locura de Borrow y el egoísmo de Opalis.

—Hemos de evitarlo a toda costa, Harris. Y al mismo tiempo denunciar al Consejo de los Seis ante la opinión pública. Un hecho tan horrible no puede seguir oculto.

Harris sacudió la cabeza un tanto escéptico.

—Nos queda mucho por hacer, Freeman.

—Lo conseguiremos, Harris.

—Eso espero, amigo, eso espero. Por el bien de la humanidad.

No tardaron en llegar al sector oberano y Doug comprobó que la vigilancia allí era nula, tal como había dicho su compañero. Cruzaron un solitario espacio circular semejante a una plaza de reducidas dimensiones, sin que nadie les estorbara.

De pronto preguntó Doug:

—¿Cómo encontraremos el aposento de Hulaj?

Harris titubeó levemente antes de responder.

—Bueno… la chica y yo somos buenos amigos. Conozco el emplazamiento de su dormitorio.

Doug se limitó a mirarlo fugazmente, pero se abstuvo de formular comentario alguno.

Poco después, franqueaba Harris una puerta que los llevó a una especie de vestíbulo, en el que se abrían varias puertas.

Con Harris llevando la iniciativa, cruzaron ambos amigos el vestíbulo y abrieron la puerta del fondo.

Doug parpadeó a causa del espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Una hermosa mujer de rubios y sedosos cabellos, dormía plácidamente en un lecho bastante amplio y alparecer, muy confortable. Dada la buena temperatura interior, la mujer dormía sin taparse y sólo revistiendo una tenue túnica que dejaba al descubierto sus numerososencantos.

Mediante se acercaban a ella, observó Doug que no tendría más de veinticuatro años, a juzgar por su aspecto y por Comparación con las mujeres terrícolas. Los rasgos de serena belleza de su rostro le conferían un atractivo fuera de lo común.

La estancia, amueblada someramente pero con exquisito gusto, se hallaba sutilmente iluminada por una pequeña lamparita esquinada de luz indirecta.

De repente saltó la chica y quedó sentada en la cama, contemplándolos con los ojos muy abiertos.

Y de su garganta, comenzó a brotar un grito.

CAPITULOIX

Doug demostró tener mejores reflejos que Harris.

Saltó ágilmente hacia la chica y le tapó la boca con la diestra, cortando de raíz el grito que los hubiera puesto en un compromiso. Con la zurda, la sujetó del brazo fuertemente.

Pero Hulaj empezó a debatirse con fiereza y tuvo que acudir Harris para echar una mano a Doug. Colocándose delantede ella, habló en tono persuasivo:

—Nada malo te ocurrirá, Hulaj, te lo prometo. Sabes que somos buenos amigos, ¿no?

Ella mantenía la mirada clavada en el rostro de él. En sus pupilas había un profundo asombro.

Después de unos instantes se percató Doug que Hulaj dejaba de debatirse, aunque seguía con los ojos fijos en su compañero. Por su parte, Harris continuó su intento de tranquilizarla:

—Quiero que te serenes, Hulaj, por favor. ¿Prometes no gritar si mi amigo Freeman aparta la mano de tu boca?

La muchacha asintió, moviendo levemente la cabeza y Harris hizo un gesto significativo a Doug.

El joven retiró la diestra lentamente.

Después de un silencio que Hulaj aprovechó para recuperar el ritmo acompasado de su respiración, dijo Harris:

—Vamos a escapar de Oberón, Hulaj.

Doug soltó un respingo de sorpresa y Hulaj se quedó mirando con mayor asombro a Harris.

Este prosiguió explicando:

—La Tierra es un planeta maravilloso, Hulaj. Existen personas buenas y también perversas, como en todas partes. Por fortuna, abundan allí los seres que aman la vida y respetan a sus semejantes. No puedo permitir que entre tu padre y Borrow la destruyan, ¿verdad

que me comprendes? Para mí sería una satisfacción que vinieras voluntariamente con nosotros. Si logramos llegar a nuestro destino prometo mostrarte un mundo que te parecerá irreal, maravilloso.

Al callar Harris, imprecó Doug:

—Creo que se está pasando, Harris. Eso no fue lo acordado.

—No me llevaré a Hulaj en contra de su voluntad, Freeman —afirmó resuelto el subjefe de Borrow— quiero que sea ella la que decida su futuro.

—Pero...

—Deje de rezongar, Freeman —lo cortó Harris, haciendo un ademán imperioso—. Lo haré a mi manera, ¿entiende?

Doug encogió los hombros, resignado.

—Allá usted, Harris.

Hulaj alargó la mano de piel satinada, casi translúcida, y la posó en el antebrazo de Harris, sin dejar-de mirarlo fijamente al fondo de los ojos. Su voz sonó queda, suave, apenas en un susurro:

—¿Me estás pidiendo que te acompañe a tu planeta, Burt?

Harris le cogió la mano entre las suyas.

—Eso es lo que deseo, Hulaj. Pero no quiero forzar tu voluntad. Vamos a correr grandes riesgos y ni siquiera es seguro que podamos llegar a la Tierra. Tus compatriotas y los míos, tratarán de impedirlo a toda costa, ya te lo puedes imaginar. No tengo derecho a pedirte que nos acompañes, Hulaj...

Ella retiró la mano de entre las de él y la posó en los labios masculinos, obligándolo a guardar silencio.

—¿Y si yo deseo correr el peligro a tu lado, Burt?

Doug dejó escapar un resoplido.

—Vamos, tórtolos —dijo socarrón—. Seguro que los dos vais a venir y no es tiempo de decirse lindezas.

Ni Hulaj, ni Harris le prestaron la mayor atención.

Su compañero le estaba diciendo a la hermosa muchacha :

—Piensa en tu padre, Hulaj. No quiero que algún día puedas arrepentirte de...

Doug emitió un nuevo resoplido.

—Que lo va a estropear, Harris, maldita sea. ¿No se da cuenta de que tiene a la chica en el bolsillo?

Harris giró la cabeza ceñudo y le apuntó con el índice extendido.

—Mire, Freeman...

—Sé lo que va a decirme, pero comete un error, Harris —lo atajó Doug, levantando la zurda—. No soy un bruto sin sentimientos ni mucho menos. Pero usted dijo a los muchachos que regresaríamos en el plazo de diez minutos y el tiempo no se detiene, ¿sabe?

Hubo un silencio y agregó Doug:

—No me digan que todavía no advirtieron que están enamorados, demonios. Salta a la vista.

Harris dio una cabezada afirmativa, mirando a Hulaj.

—Freeman tiene razón, Hulaj. Debemos darnos prisa si deseas venir...

—¡Naturalmente que desea venir! —intervino otra vez Doug—. ¿Cuánto tardará en ponerse algo que cubra sus encantos, Hulaj? No es que me disguste verla como está, pero...

La chica les dedicó una sonrisa.

—Sólo necesito unos segundos. Podéis esperarme fuera.

Doug atrapó a Harris del brazo y lo sacó de la estancia.

Ya en el vestíbulo, mascculló éste:

—No me gustó su comportamiento, Freeman.

—Ni a mí el suyo, o sea que estamos empatados. Yo supuse que raptaríamos a la chica y de pronto se me pone a hacer el Romeo y se lo cuenta todo. ¿Qué hubiera pasado si no llega a estar calada hasta los huesos por su físico, diablos?

—No quería llevarla contra su voluntad.

—Vamos, Harris, no sea cínico —rio áspero Doug—. Diga más bien que nodeseabalargarsesin la chica.

No, no me corte. Lo comprendo perfectamente, porque Hulaj es una hembra de bandera. Y de todas formas servirá igualmente de garantía. Eso en el caso de que Opalis pueda imponerse a Borrow, claro.

Harris barboto hosco:

—Habla demasiado, Freeman.

—Ya me lo decía mi padre, Harris.

Cumpliendo su palabra, Hulaj no tardó en reunirse con ellos.

La muchacha se había puesto un blusón color celeste, con un cinturón ajustándolo a la estrecha cintura. Le llegaba por encima de las rodillas y Doug admiró una vez más el espléndido cuerpo de la oberana.

Harris consultó el cronómetro.

—Disponemos del tiempo justo para llegar al hangar.

—Y eso en el supuesto de no encontrar obstáculos —terció Doug—. ¿A qué esperamos?

—Vamos.

Los tres abandonaron la vivienda, internándose de nuevo por los corredores en dirección al hangar, donde les esperaban Flint Anderson y los demás compañeros.

Llegaron a él sin novedad.

Al pie de la nave, escucharon ambos amigos que las turbinas ya estaban en marcha.

Harris empujó a Hulaj hacia la escalerilla de subida y justo en aquel instante, comenzó a ulular estridente una sirena.

Harris apretó los maxilares, imprecando una maldición.

—¡La alarma de emergencia!

Doug inquirió rápido:

—¿Tenemos tiempo de despegar, Harris?

—Me temo que no, Freeman.

—Está bien —decidió Doug—. En ese caso, suba a la nave y dispóngalo todo para el despegue. Tan pronto esté preparado, me avisan.

Y sin esperar la respuesta de Burt Harris, empuñó firmemente la pistola y se dirigió corriendo a la puerta del hangar.

Allí se echó de bruces, dispuesto a contener a sus enemigos mientras Harris se encargaba de poner la nave a punto.

Pero al asomar la cabeza al pasillo, se estremeció.

Los hombres que acudían a la carrera eran demasiados. Tuvo la certeza de que no conseguiría frenarlos.

CAPITULOX

Doug se puso a disparar sin pérdida de tiempo sobre el numeroso grupo que acudía.

Los guardianes se vieron sorprendidos en los primeros momentos porque, evidentemente, no esperaban un ataque suicida como aquél. Los que venían en vanguardia, se desplomaron, alcanzados por la pistola de Doug.

El joven disparaba intencionadamente a paralizar, ya que de esa forma los cuerpos atravesados en el suelo el pasillo dificultaban el avance de sus compañeros.

Por un instante creyó Doug que lograría contenerlos, al ver que retrocedían, faltos de lugares donde resguardarse. Las paredes metálicas de los corredores no tenían ningún saliente que pudiera cobijarlos y eso hizo que contuvieran su agresividad.

Pero un oficial gritó detrás de los guardianes:

—¡Adelante, malditos! Al que retroceda, lo desintegro aquí mismo.

Aquellos hombres debían tener la seguridad de que el oficial cumpliría su amenaza, puesto que nuevamente, se lanzaron a un ataque desenfrenado, suicida.

Doug siguió disparando y rogó mentalmente porque aquella extraña pistola no se quedara sin carga.

De todas formas, a pesar de que los guardianes caían sin cesar, comprobó el joven que cada vez se hallaban más cerca de él. Aunque de momento se sintió satisfecho de haber conseguido que ninguno de los atacantes le dirigiera uno de aquellos rayos desintegradores.

Se adelantaba a todo el que levantaba el arma.

De pronto, escuchó gritos excitados a su espalda y tras efectuar rápido varios disparos sobre los atacantes, giró la cabeza.

Vio que en la alta cúpula del hangar comenzaba a abrirse un agujero de forma rectangular, mediante el deslizamiento de grandes planchas de material translúcido.

Asomado al orificio de entrada a la nave, le gritaba Luther Kreuss:

—¡Vamos, Doug, date prisa!

El joven titubeó unas décimas de segundo. Echó una ojeada a la proximidad de los hombres que trataban de impedirles la huida y sacudió la cabeza, pensando que no iban a conseguir sus propósitos. Pero debían intentarlo.

Se puso a disparar frenéticamente a los que se acercaban y súbitamente, saltó con agilidad, incorporándose y echó a correr en dirección a la nave tan veloz como le fue posible.

La nave comenzó a despegarse lentamente del suelo.

Doug pudo ver las manos tendidas de Luther Kreussy Nadia Karova. En sus caras contraídas, vio la angustiaque los atenazaba, viéndolo correr desenfrenado haciaellos.

Por fin llegó a la escalerilla, que ya distaba más de un metro del suelo y saltó, aferrándose como pudo a los peldaños metálicos. Las sienes le golpeaban casi dolorosamente y el corazón latía con fuerza dentro del pecho. El sudor de sus manos hizo que los peldaños de la escalera comenzaran a escurrírsele de entre los dedos. Cuando se creía perdido sintió que lo sujetaban férreamente por las muñecas y lo izaban, metiéndolo en el interior de la nave. Lo hicieron entre Luther Kreuss y Nadia, cuyos rostros sudorosos veía muy próximos al suyo.

La escalerilla se introdujo automáticamente dentro de la nave y el orificio de entrada quedó herméticamente cerrado.

Tendido de bruces en el suelo, resolló entrecortadamente Doug, mientras la nave, pilotada por Burt Harriscon la ayuda de Flint Anderson, despegaba, elevándose verticalmente con inusitada rapidez.

Súbitamente se escuchó una violenta explosión y la nave trepidó, amenazando con perder el control.

Sin embargo, logró salir de la cúpula y rápidamente, comenzó a elevarse en el espacio.

Sentado en el suelo, contempló Doug el ingenuo rostro de Nadia Karova muy cercano al suyo.

Levantó la mano y acarició torpemente la mejilla femenina, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—Gracias por tu ayuda, nena.

Percibió que el cuerpo de la chica sufría un profundo estremecimiento al tocarla él con la yema de los dedos. Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a envolverlo en una intensa y cálida mirada.

Y de repente, sin que ninguno de los dos jóvenes pudiera explicarse el extraño influjo que los impulsaba, quedaron unidos en prieto abrazo. Sus bocas se buscaron ávidas y permanecieron largos segundos ajenos por completo a cuanto les rodeaba.

Al separarse, musitó Nadia:

—Doug...

—No digas nada, cariño.

En eso llegaron hasta ellos algunas risitas y Nadia se incorporó bruscamente, coloreadas las mejillas.

—Vamos, Freeman —bromeo Harris desde los mandos—. No es tiempo de decirse lindezas, hombre. Venga a echarme una mano.

Doug se puso en pie lentamente y después de cambiar una significativa mirada con Nadia, se dirigió al lugar que ocupaba Harris. Fue entonces cuando descubrió que Mihail Karova no le quitaba ojo de encima.

Se detuvo un momento frente al ucraniano y murmuró:

—Quizá no sea este el momento adecuado, Mihail. Pero... estoy enamorado de Nadia.

El padre de la chica distendió los labios en comprensiva sonrisa y movió la cabeza en sentido afirmativo. En silencio, palmeó el hombro del joven y luego lo dejó seguir su camino.

Doug llegó junto al panel de controles y dijo Harris:

—Necesito su ayuda, Freeman. Anderson ha colaborado conmigo, pero carece de conocimientos para manejar los instrumentos de a bordo. Le daré algunas explicaciones.

—De acuerdo, Harris.

Burt Harris estuvo unos momentos informando a Doug de las instrucciones fundamentales que hacía falta para el manejo de la nave.

Como antiguo piloto de la Milicia Astral, Doug no tardó en asimilar las explicaciones de Harris.

Cuando hubo acabado éste, inquirió:

—¿Lo ha comprendido, Freeman?

—Completamente, Harris. En realidad el sistema básico sigue siendo el mismo que cuando yo volaba.

—En efecto. Dentro de unos segundos, cuando hayamos alcanzado la velocidad idónea de crucero, fijaremos el rumbo y pondremos el piloto automático electrónico que corregirá cualquier desviación por insignificante que sea.

Doug dio una cabezada de conformidad.

—Entonces les enseñaré la forma de utilizar los cañones de energía térmica —siguió Harris— sobre todo interesa que aprendan a manejarlos Anderson, Kreuss y Karova. A usted lo necesitaré a mi lado si hemos de defendernos.

—De acuerdo, Harris.

Hubo un breve silencio.

—Su acción allá abajo fue temeraria, Freeman —lo rompió Harris —. Escapó de verdadero milagro.

—Y que lo diga. Todavía no llego a comprender cómo no me desintegraron con sus pistolas.

Burt Harris dejó escapar una risita.

—Le eché una mano.

El joven arqueó las cejas intrigado.

—¿Cómo?

—Disparé un proyectil térmico hacia la entrada del hangar. Fue la explosión que escuchó en el momento de subir, cuando la nave trepidó peligrosamente, amenazando con perder la estabilidad.

Doug suspiró hondo.

—Hizo una carnicería, ¿eh?

—No tuve otra alternativa. Sabía que corríamos un gran riesgo al disparar dentro del hangar, pero era mayor el peligro de que dañaran el fuselaje. Se trataba de ellos o nosotros.

—Comprendo.

Burt Harris puso el piloto automático, haciendo una señal a Doug para que lo siguiera.

La nave sólo tenía un compartimento, aunque lo suficiente amplio para albergar a siete u ocho personas sin estrecheces. Aparte de los cinco asientos correspondientes a pilotos y cañoneros, existían otros adosados a las paredes laterales.

Todos con cinturones y abrazaderas de seguridad.

Harris llegó a uno de los cañones y llamó junto a él a los otros hombres. Brevemente, les explicó la forma de utilizarlos, indicándoles la pantalla situada sobre el cañón por donde debían centrar el blanco antes de oprimir el disparador.

Doug observó que aquellos cañones eran bastante pequeños, casi como una ametralladora de los antiguos cazas supersónicos, que en más de una ocasión, vio en los museos. Pero de poder destructivo infinitamente superior, por descontado.

Apenas había concluido Harris de explicar el funcionamiento de los cañones a Kreuss, Anderson y Karova, cuando se escuchó un zumbido procedente del radar, qué fue en aumento.

Harris se plantó de tres zancadas junto al aparato y pulsó un resorte. Inmediatamente se iluminó una pantalla en el panel de mandos y Doug, que se hallaba a su lado, pudo ver a las tres naves reflejadas en el rectángulo.

Harris torció el gesto contrariado. —Nos persiguen, Freeman.

—Era una posibilidad con la que contábamos, ¿no? ¿A qué distancia los tenemos, Harris? —En tiempo, a unos dos minutos.

—¿No podemos sacarle más velocidad a este trasto?

Harris compuso una mueca y sacudió la cabeza.

—Llevamos sobrecarga y de todas formas acabarán alcanzándonos.

—Entonces, sólo nos queda defendernos, ¿eh?

—Exacto. Y con una posibilidad contra tres de salir bien parados, amigo.

Acto seguido se giró Harris a los otros y hablando rápidamente y con autoridad, ordenó:

—Anderson, Kreuss, Karova, tomen asiento tras los cañones y estén listos a oprimir el disparador tan pronto vean a una de esas naves en el visor que tienen delante —hizo una breve pausa y miró a las mujeres—. i Vosotras, tomad asiento en la parte posterior y que ninguna de ustedes olvide utilizar los cinturones y las abrazaderas. En cuestión de segundos, esto se moverá como una cascara de nuez en medio de una tempestad. Venga a mi lado y haga todo cuanto le indique, Freeman.

Admirando las dotes de mando que poseía Burt Harris, tomó asiento Doug junto a él.

Antes de empuñar los mandos y quitar el piloto automático, tendió Harris la diestra a Freeman.

—Ha sido para mí una satisfacción conocerte, Doug.

El joven parpadeó asombrado.

—Eh, Burt, esto parece una despedida fúnebre, hombre. Siempre queda una esperanza en alguna parte, ¿no?

—Para nosotros, no, Doug.

Freeman se dio cuenta de que Harris hablaba tan crudamente porque no eran escuchados por los restantes miembros del grupo. Con ellos no quiso mostrarse pesimista para no sembrar el pánico.

Crispados los maxilares masculló hosco:

—Te pintas sólo para dar ánimos, Burt.

—Soy realista, Doug. Son tres naves con gente perfectamente adiestrada. Pon a tres luchadores expertos a combatir con un neófito y trata de adivinar el resultado.

Como dando la razón a Burt Harris, estalló un proyectil muy próximo al fuselaje de la nave. Esta se estremeció violentamente, amenazando con partirse en dos.

Doug Freeman dejó escapar una agria sonrisa.

—Ha empezado el baile, ¿eh, Burt?

—Sí, muchacho —asintió Harris—. Sólo que nuestra compañera de baile es la muerte.

—Amén.

CAPITULOXI

—¡En picado, Doug!

Freeman obedeció la indicación de Harris y la nave picó verticalmente con enorme trepidación. Dos proyectiles estallaron casi simultáneamente, pero a una distancia que no podía causarles daño gracias a la brusca maniobra realizada.

Harris permanecía atento a la pantalla iluminada del panel, en la que ahora sólo se veía una nave enemiga.

—A esos guarros no les importa que Hulaj venga con nosotros, Burt —dijo Doug—. ¿Se habrá cargado Borrow a...?

—Eso es lo que menos debe preocuparnos ahora, Doug —lo atajó Harris, temiendo que Hulaj lo pudiera escuchar—. Permanece atento a mis... ¡a la derecha, Doug!

Freeman hizo lo que su compañero le indicaba y aunque él no pudo verlo, un proyectil térmico pasó rozando la parte superior del fuselaje. En caso de alcanzarles hubieran estallado, convirtiéndose la nave en una antorcha.

Estalló a considerable distancia de ellos.

—Lo hemos esquivado, ¿eh, Burt? —rio Doug—. ¿Cuándo vamos a darles su parte?

—Ni soñarlo por ahora, Doug —denegó, moviendo la cabeza Harris —. Tenemos que seguir defendiéndonos.

—¿Hasta cuándo, maldición? No me gusta ser muñeco de feria, Burt.

—Yo te diré cuándo, amigo.

Doug inspiró aire con fuerza.

—Oye, Burt..., según tus cálculos, nuestras posibilidades son nulas, ¿verdad?

—Algo así.

—Entonces..., ¿qué perdemos si asumo el mando? Debemos hacer cualquier cosa menos seguir aquí tratando de esquivar los ataques de esa gente.

Burt Harris permaneció unos instantes pensativo y finalmente, levantó resignado los hombros.

—De acuerdo, Doug —accedió—. Quizá no logremos nunca avisar a la Tierra, pero al menos, lo hemos intentado. Adelante, muchacho.

* * *

—¡Vamos a colisionar, Doug!

—Mantén el rumbo. Burt. O giran ellos o nos pegamos una torta impresionante.

—Pero...

—¡Mantén el rumbo, maldita sea!

Ambos hombres habían cambiado de sitio. Ahora se encargaba Burt Harris de los mandos y Doug Freeman permanecía atento a las evoluciones de las tres naves enemigas en la pantalla. Las veía venir de frente con una fría sonrisa en los labios.

Dirigiéndose a Kreus, Anderson y Karova, ordenó:

—Apretad los disparadores cuando os avise y no separéis el dedo ni una fracción de segundo. No importa que vuestro visor esté en blanco. ¿Me habéis comprendido?

Sus compañeros movieron la cabeza afirmativamente.

Con las manos crispadas en los mandos, observaba Burt Harris que la colisión era ya inevitable. Lo lógico era subir vertiginosamente, escapando una vez más de los proyectiles contrarios.

Doug pareció adivinarle el pensamiento y avisó:

—No se te ocurra variar la trayectoria en el último instante, ¿has entendido, Burt?

—¡El último instante ya ha llegado, Doug! ¡Los tenemos enci…!

Cuando el choque que hubiera resultado fatal paratodos era ya casi una realidad, vio Freeman que las tres naves enemigas se abrían súbitamente, dejándoles paso.

Entonces gritó a los cañoneros:

—¡Duro con ellos, amigos!

Anderson, Karova y Kreuss empezaron a disparar sin cesar, oprimiendo el disparador rabiosamente.

De pronto, una tremenda explosión atronó el espacio y la nave traqueteó como una hoja de papel, arrastrada por un huracán. A duras penas, consiguió Burt adueñarse de ella.

En su asiento, gritaba jubiloso Luther Kreuss:

—¡Le he dado, amigos, le he dado!

En la pantalla vieron Doug y Burt el estallido de una de las naves, que se convirtió en una bola de fuego. Décimas de segundo después, no quedaba ni rastro de ella.

Doug le guiñó el ojo a Harris:

—Ya sólo son dos luchadores expertos contra un neófito, ¿eh, Burt?

Con el rostro todavía macilento, replicó apagadamente Harris:

—Estás loco de remate, Doug.

—El porvenir es de los locos, ¿no?

—Y también los manicomios, Doug. Los cañoneros están cazando patos ¿o qué?

Freeman se percató entonces de que Kreuss, Anderson y Mihail, continuaban apretando el disparador y farfulló:

—¿A quién le disparáis, hombres?

Anderson giró la cabeza.

—Tú dijiste que…

—Sé lo que dije, Flint, pero las otras dos naves se encuentran ya a cientos de kilómetros.

Harris tenía la mirada fija en la pantalla y comentó:

—¿Eso es lo que supones, muchacho? Te conviene echar un vistazo a esto y pensar rápido la forma en que vamos a escapar.

Doug se volvió y posó los ojos en el rectángulo iluminado. Frunció el ceño porque no esperaba ver aquello ni mucho menos.

Las dos naves habían maniobrado diestramente y atacaban cada una por un flanco distinto, sin dejarles opción a la huida. Aquellos pilotos sabían lo que se traían entre manos y su evolución había sido perfecta. Y con toda seguridad, estarían prevenidos para abortar cualquier intento de salirse por arriba o por abajo.

Harris compuso una mueca escéptica.

—¿Qué hago ahora, jefe?

Doug lo miró sin perder la calma.

—¿Sabes rezar?

* * *

Inesperadamente, una de aquellas naves estalló en el espacio y lo mismo que la anterior, se convirtió en una bola llameante, desintegrándose en escasos segundos.

Doug y Harris parpadearon asombrados y cuando pudo reaccionar, inquirió el primero:

—¿Cuál de vosotros disparó, amigos?

Fue Kreuss el que se encargó de responder, extrañado:

—No hemos disparado ninguno de los tres, Doug.

—No me digas. A lo mejor ha ocurrido un milagro que...

—Eh, Doug —llamó su atención Harris—. No te pierdas esto que

tiene su miga.

Doug miró a la pantalla y boqueó perplejo.

La nave superviviente de las tres que los habían atacado, emprendía la huida raudamente. Se alejaba de ellos a increíble velocidad. Pasándose la mano por el mentón, masculló:

—¿Qué les pasa a esos tipos? ¿Acaso no les gusta la lucha en igualdad de condiciones?

Pero Doug tuvo rápida respuesta asus preguntas.

En la pantalla aparecieron dos naves de distinta construcción, que se lanzaron en persecución de la fugitiva. El joven no tuvo dificultad en identificarlas y exclamó alborozado:

—¡Son Z-414 de la Milicia Astral!

La nave de Oberón y sus perseguidores pronto desaparecieron de la pantalla. Y cuando los fugados del satélite de Urano comenzaron a felicitarse entusiasmados, tres nuevas naves Z-414 aparecieron en el rectángulo iluminado.

—Eh, Doug, se trata de una escuadrilla —dijo Anderson—. Y afortunadamente, han llegado en el momento oportuno.

—Y que lo digas, Flint.

Burt Harris sugirió:

—Sería conveniente conectar la radiovisión, ¿no es parece? Quizá deseen ponerse en contacto con nosotros.

—Bien pensado, Burt —aprobó Doug—. Hazlo.

Tan pronto la hubo conectado Harris, apareció un rostro de rasgos severos en la diminuta pantallita situada en uno de los extremos del panel de mandos.

Y una voz de metálica entonación, fue diciendo:

—Son ustedes nuestros prisioneros. Les habla el comandante Bill Laurent, de la escuadrilla 248-B, con base en Saturno. Quedan advertidos que si efectúan cualquier maniobra sospechosa, serán destruidos de inmediato. Ahora, sigan a la nave que marchará en cabeza y recuerden que otras dos irán detrás de ustedes.

CAPITULOXII

El jefe de la base terrícola en Saturno, general Ernest Goldrich, paseó una escrutadora mirada por los rostros graves de Doug. Burt y Flint. Los tres hombres se hallaban derechos ante la mesa de operaciones del general. Molestos porque todavía no les habían permitido hablar.

Les cortaron bruscamente cada vez que quisieron hacerlo.

Junto al general Goldrich estaba el comandante de escuadrilla Bill Laurent.

Pidió Goldrich:

—Comuniquesu informe, comandante Laurent.

Impasible el rostro, fue explicando Bill Laurent:

—Me hallaba con mi escuadrilla en vuelo rutinario de reconocimiento cuando uno de mis hombres detectó a varias naves luchando entre sí en el espacio de la zona W-356. Un hecho tan insólito nos intrigó y decidí aproximarme al lugar conflictivo. En efecto, descubrimos que tres naves de construcción desconocida atacaban a otra semejante. Nos disponíamos a solicitar identificación cuando interceptamos un mensaje procedente de las naves atacantes. Textualmente, dijeron: «Hay que impedir a toda costa que puedan contar lo que saben a la Milicia Astral.» No dude en proteger a la nave atacada, ya que por lo escuchado debía poseer valiosa información para nosotros.

Al callar Laurent, inquirió Goldrich:

—¿Está completamente seguro de haber escuchado eso, comandante Laurent?

—Sin lugar a dudas, general. Quedó registrado en la computadora de a bordo.

—Correcto.

Acto seguido se giró el general Ernest Goldrich a los tres amigos y los miró inquisitivamente.

—Ahora ustedes tienen la palabra, señores. ¿Qué es lo que saben que esas naves querían evitar a toda costa nos comunicasen?

Freeman y Harris cambiaron una mirada de fastidio y fue el primero de ellos quien se encargó de responder:

—Eso es lo que intentamos decir desde nuestra llegada, general. Pero por lo visto aquí nadie desea escuchar.

El general Goldrich sacudió la cabeza.

—Todo debe seguir un orden, señor Freeman. Adelante, lo escuchamos atentamente.

Doug estuvo unos instantes silencioso y después comenzó a relatar todo lo sucedido.

Aunque sus explicaciones comenzaron en el momento en que se alistó como voluntario para la expedición, no se anduvo por las ramas y fue directamente al asunto. De una forma concisa, pero sin omitir el menor detalle, relató todo cuanto acontecía en el satélite Oberón gracias a la infame canallada de los dirigentes terrestres.

Cuando hubo terminado un largo silencio gravitó sobre los reunidos. Finalmente, acabó chasqueando la lengua el general Goldrich y clavó una dura mirada en el joven.

—¿Se da cuenta de lo que ha dicho, señor Freeman?

—No estoy soñando ni he perdido el juicio, general —replicó sereno Doug—. Puede preguntar a mis compañeros.

Burt Harris corroboró las palabras de su compañero.

—Todo cuanto ha dicho Doug Freeman es la escueta verdad. Su relato se ajusta totalmente a la realidad.

Un nuevo silencio y en actitud pensativa, comentó Goldrich:

—Si eso es cierto..., significa que en la Tierra se está llevando acabo un plan inhumano.—Movió lacabeza y terminó diciendo incrédulo—: No es fácil de creer, señores.

—Sin embargo, es la pura verdad, general —insistió Doug—. Y lo importante ahora es prepararse para una organizada defensa. En mi humilde opinión, es lo más urgente.

El general Ernest Goldrich no podía admitir que todo aquello fuera cierto. Sus principios y su hombría de bien le impedían dar crédito a una monstruosidad como aquélla.

El comandante Laurent carraspeó levemente.

—¿Me permite recordarle cierto informe archivado hace varios meses, general?

—Desde luego, comandante.

—En dicho informe aseguraba un hecho el capitán Falk que por entonces se desestimó por absurdo. Decía que se hallaba de patrulla por la zona W-352 cuando de pronto se encontró con una nave gigantesca que al parecer se disponía a dejar atrás la órbita de Saturno para adentrarse en el cosmos infinito. Intentó que se identificaran y por respuesta le enviaron varios proyectiles que estuvieron a punto de alcanzarlo. Falk no pudo enfrentarse a ellos, ya que volaba en una T-201 monoplaza. Cuando regresó a la base informó detalladamente y tengo entendido que se pidió información a la Tierra.

El general Goldrich asintió lentamente.

—Ahora recuerdo el asunto. Nuestros jefes contestaron que el capitán Falk debió sufrir una alucinación debido a sus años de servicio. Fue trasladado a Marte.

El comandante Bill Laurent lo pensó un poco antes de agregar:

—Y de Marte desapareció misteriosamente sin que nunca se haya sabido nada más de él, general. Un amigo común de la base Marte me lo comunicó en mi reciente viaje a la Tierra. Usted debe ignorar ese detalle, general.

Goldrich arrugó el ceño levantando la mirada a Laurent.

—En efecto, comandante, ignoraba la desaparición del capitán Falk. —Hizo un silencio, y pasándose lamano por los blancos cabellos, murmuró—:Pero eso puedesignificar…

No se atrevió a concluir la frase y lo hizo Doug interviniendo:

—Que hemos dicho la verdad, general. Además, ¿qué razón podemos tener para mentir, señor?

El general Goldrich levantó la mirada bruscamente y apuntó a

Freeman con el índice extendido.

—Escuche, Freeman…

En eso sonó un videófono interior y pulsó Goldrich un botón pegando un manotazo.

—Diga.

—Deseo informar al comandante Laurent, mi general.

Bill Laurent se aproximó al videófono.

—Adelante, Karl. Emita su informe.

El rostro reflejado en la pequeña pantalla se crispó en mueca de decepción, y el teniente Karl fue diciendo:

—Perseguimos a la nave fugitiva hasta unos límites razonables, comandante. Lamento decirle que nos resultó imposible alcanzarla. Su velocidad era ligeramente superior a la nuestra.

—Dígame una cosa, teniente Karl.

—Sí, señor.

—Cuando perdieron de vista a esa extraña nave…, ¿qué dirección llevaba?

—No acabo de comprender su pregunta, comandante.

—La plantearé de otra forma —habló paciente Laurent—. Suponga que tuviese que indicar un punto probable al que esa nave se dirigía, teniente Karl. ¿Por cuál astro se decidiría?

El hombre, al otro lado del videófono, respondió sin vacilar:

—Oberón, comandante. Se dirigía directamente al satélite de Urano. Aunque nosotros sabemos que Saturno es el límite explorado por la Milicia Astral.

—Está bien —lo cortó Bill Laurent—. Gracias por su informe, teniente Karl.

El propio comandante Laurent cortó la comunicación y se giró despacio al general Goldrich.

—Todo parece indicar que estos hombres están diciendo la verdad, señor. Y si todo es cierto nos encontramos en un grave apuro. El regreso de la nave a Oberón precipitará el ataque de esa gente. —Hizo una pausa y añadió gravemente—: Dudo que dispongamos de fuerza suficiente en la base como para contenerlos.

El jefe de la base Saturno permaneció largo rato silencioso bajo la mirada anhelante de los hombres que estaban con él. Finalmente, compuso una mueca levantando los hombros.

—En el supuesto de dar crédito a todo el asunto, esto es demasiado importante para no informar al Mando Superior de las bases espaciales. No puedo actuar por propia iniciativa.

* * *

La mayoría de los hombres de la base Saturno se trasladaron a los refugios a prueba de rayos ultrasónicos. Sólo los cosmonautas que tendrían la obligación de salir al encuentro de las naves agresoras permanecieron en sus puestos listos para despegar.

Junto a uno de los observatorios protegidos de los refugios se hallaban Nadia y Doug contemplando maravillados el amanecer escarlata del cielo de Saturno.

Doug le pasaba el brazo por los hombros y su rostro estaba surcado por arrugasde preocupación.

Nadia levantó fugazmente la cabeza mirándolo.

—¿Crees que el general Goldrich da crédito a todo cuanto le habéis dicho, Doug?

—Por lo menos ha tomado medidas de seguridad —respondió el joven, un tanto ausente—. Lo que ocurre es que estos peces gordos no se juegan el puesto así como así. Antes de movilizar a toda la base ha tenido que informar al Mando Superior.

—Pero si la noticia ha llegado al Consejo de los Seis…

—No lo creo —dijo Doug, prestando mayor atención a la chica—. Nos costó mucho convencerlo aun disponiendo del apoyo del

comandante Laurent. El general se ha limitado a informar que la base Saturno se encuentraen peligro inminente de invasión por seres desconocidos procedentes de otro planeta. No mencionó para nada los viajes de la Supernave al satélite Oberón. Según Laurent que se hallaba presente, el viejo general supo hacer bien las cosas. Solicitó ayuda urgente a las bases de Júpiter y Marte alegando que disponía de informes fidedignos respecto a la invasión. Si ésta se lleva a cabo y se demuestra, por lo tanto, la veracidad del ataque, viajará al Cuartel General de la Milicia Astral poniendo en conocimiento de los altos jefes militares toda la cuestión para que tomen cartas en el asunto y averigüen la canallada del poder político. Si por el contrario, no se produce la invasión de Borrow y su gente, al general siempre le queda el recurso de alegar que sus informes no fueron del todo exactos, pero ante una situación semejante era mejor prevenirse que sufrir después las consecuencias. ¿Lo has entendido?

Nadia dio una lenta cabezada afirmativa.

Y después de un pequeño silencio, dijo:

—No obstante, hay algo que me preocupa, Doug.

—¿El qué?

—Si la gente de Borrow ataca y perecemos todas las personas que ahora nos encontramos en Saturno..., ¿cómo se enterará la opinión pública de la Tierra de lo que hacen sus dirigentes?

—También eso está previsto, nena. Una nave de esta base se encuentra ya volando fuera de la órbita de Saturno. Lleva un mensaje especial del propio general Goldrich dirigido al Cuartel General. En ese mensaje se relata toda la verdad y la nave recibirá orden de partir hacia Júpiter si llega a peligrar esta base.

—Ya. Lo que encuentro extraño es que las naves de Oberón no hayan atacado todavía.

—Tan sólo han transcurrido tres días terrestres... o su equivalente en Saturno —dijo Doug—. Preparar un ataque en toda regla como pretende Peter Borrow lleva su tiempo. Estuve pensando en eso anoche. Si mis cálculos no están equivocados, Borrow y sus naves se encuentran en estos momentos muy próximos a nosotros.

—¿Tú crees?

—Puedo estar en un error, ya que mis cálculos son aproximados,

sin una base firme. De todas formas, no debes preocuparte porque se han tomado todas las medidas posibles de seguridad.

Hubo una breve pausa y volvió a preguntar Nadia:

—¿Es posible que puedan llegar a tiempo los refuerzos de Júpiter y Marte, Doug?

El joven chasqueó la lengua.

—Los de Marte no llegarán, de eso puedes estar segura. En cuanto a los de Júpiter..., tengamos esperanzas de que lleguen a tiempo de echarnos una mano. Porque en caso contrario...

—¿Qué, Doug?

—No lo sé, Nadia. El único del grupo que conoce el verdadero poderío de las naves oberanas es Burt. Por eso permanece todo el tiempo en el puesto de mando sin despegarse del general Goldrich. Supongo que lo pondrá al corriente minuciosamente. Por nuestra parte, no podemos hacer nada más de lo que hacemos. Nos hemos ofrecido voluntarios para ocupar uno de los puestos de vigilancia y yo empuñaré uno de esos cañones de rayos ultrasónicos desintegradores llegado el momento.

En efecto, como estaba diciendo Doug, en el puesto de observación había un potente telescopio electrónico que transmitía toda una amplia zona del firmamento a una pantalla que no dejaban de mirar ambos jóvenes de vez en cuando.

El espacio escarlata aparecía limpio de cuerpos extraños.

Se hizo un silencio entre los dos y Doug acabó emitiendo una risita burlona apretando a la chica contra sí.

—¿Te preocupa algo más, cariño?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Sí.

—¿El qué?

Nadia se ruborizó intensamente, pero aun así levantó los ojos hacia él y musitó:

—Que en estos momentos no se encuentre en la base el capellán

castrense, Doug.

El joven arrugó el ceño, fingiendo ignorancia.

—¿Para qué? Después de todo, no podría empuñar un cañón y el hombre también tiene derecho a tomarse unas vacaciones.

La chica compuso un mohín.

—Eres un estúpido, Doug.

—Y tú una niña ingenua, amor mío. Una de las primeras cosas que pregunté después de abandonar el puesto de mando fue el paradero del capellán.

Nadia lo miró sonriente.

—¡Oh, Doug! ¿Es cierto eso?

—Naturalmente, querida. Tengo necesidad de confesarme.

De nuevo se crisparon los labios de la muchacha en mohín contrariado y Doug la contempló más candorosa e ingenua que nunca. Alargó la mano y la obligó a levantar la barbilla.

—Buscaba al capellán para pedirte que fueras mi esposa, amor mío.

—Te estás burlando de mí, Doug.

—Jamás podría burlarme de ti. Eres demasiado inocente, demasiado ingenua, para que pudiera hacerlo.

Ahora lo miró con un extraño brillo en las pupilas.

—No te fíes del agua mansa, Doug.

Por toda respuesta la enlazó el joven por la cintura y tirando de ella aplastó la boca en los pulposos labios femeninos. La muchacha respondió generosa a la caricia y cuando se separaron murmuró Doug junto a su oído, ronca la voz:

—Te quiero con toda mi alma, nena.

Entonces se desprendió Nadia de los brazos de él y exclamó:

—¡Doug!

El joven se la quedó mirando sorprendido.

¿Qué ocurre, Nadia? ¿Tan raro encuentras que te suelte lindezas?

—¡Mira la pantalla!

Doug se giró con rapidez posando la mirada en la pantalla del telescopio.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Una compacta formación de innumerables naves se aproximaban a ellos. De momento sólo eran diminutos puntitos en el cárdeno firmamento del amanecer. Pero muy pronto se encontrarían sobre la base.

Sin dudarlo un instante, pulsó la alarma.

CAPITULO XIII

La lucha se hallaba ya generalizada de forma estremecedora.

Las naves procedentes de Oberón atacaban con furiosa saña sin importarles, al parecer, las numerosas bajas que estaban sufriendo en aquel alucinante combate.

También las terrestres Z-414 iban siendo eliminadas paulatinamente ante la arrolladora fuerza que tenían enfrente. Las oberanas casi las doblaban en número.

Desde los refugios de la base, decenas de cañones de rayos desintegradores abrían fuego sin cesar, pese a la enorme dificultad que representaba disparar sobre unos objetos que se movían a velocidades fulgurantes.

Las mujeres habían sido obligadas a retirarse de la primera línea y se las llevaron al puesto de mando donde existía mayor seguridad. Nadia y Mónika Kreuss protestaron enérgicamente, mientras la oberana Hulaj se limitaba a mover la cabeza reprobativamente.

Pero no tuvieron otra alternativa que obedecer.

Detrás de uno de aquellos cañones, cuyo disparador oprimía Doug intermitentemente, se hallaban éste y Flint Anderson.

Hubo un momento en que el sueco silbó entre dientes, impresionado:

—Vayacarnicería, ¿eh, Doug?

—Y que lo digas, Flint.

—Jamás pude imaginar que una guerra interplanetaria fuese así. Es una experiencia que no olvidaré nunca en la vida.

Doug rio áspero.

—En el caso de que sigas conservándola, ¿no?

Flint Anderson imprecó una maldición.

—No seas gafe, Doug —se quejó—. Ya viste lo que armaste con tu

presentimiento cuando salimos de la Tierra.

—No me fastidies, Flint.

La alucinante lucha entre las naves terrestres y oberanas proseguía encarnizadamente. De antemano se podía vaticinar cuál sería el final de la misma, puesto que las Z-414 de la base de Saturno quedaban en franca minoría por momentos, a pesar de que sus tripulaciones se batían con un denuedo y pericia inusitada.

Pero eran muchas las naves atacantes.

De repente, estalló un proyectil delante mismo del refugio que ocupaban ellos.

Ambos jóvenes lo vieron todo rojo a causa del cegador destello.

Y antes de perder por completo la noción de cuanto lo rodeaba, la imagen de Nadia apareció en su mente.

Después, cayó en un pozo de tinieblas.

¿Acaso era aquello la muerte?

* * *

El general Ernest Goldrich levantó una ceñuda mirada hacia su ayudante de operaciones.

—¿Cuántas naves continúan en vuelo, Koster?

—Diez a lo sumo, señor.

Goldrich apretó los dientes fulgurantes las pupilas. Sacudiendo la cabeza pesaroso, masculló:

—Ha sido un sacrificio inútil, infiernos.

—Había que intentarlo, general —dijo Koster—, Era la única manera de ganar tiempo.

Hubo un largo silencio en el que todos los reunidos en el puesto de mando observaron atentamente, crispados los rostros, las incidencias

de la batalla que se recogía en una gran pantalla situada en uno de los paneles.

Goldrich acabó soltando un gruñido.

—¿Tenemos noticias de Júpiter?

—Las naves de Júpiter ya salieron de su base, general. Y también lo hicieron las de Marte.

—¡Eso ya lo sé, infiernos! —estalló encendido el rostro Goldrich—. Lo que quiero saber es si se encuentran cerca de nosotros.

Crispados los maxilares, informó tenso Koster:

—No tenemos noticias de la flota, señor.

—¿Y a qué diablos esperan? ¿Acaso piensan que se dirigen a una merienda campestre?

—No creo que tarden en aparecer, señor.

—Pero será demasiado tarde, Koster. ¿Cómo responden las planchas protectoras de los refugios?

El comandante Koster titubeó unos segundos.

—Pues… no del todo como se esperaba, general.

—¿Quiere decir que por ahí también estamos sufriendo las consecuencias del ataque?

—En efecto, señor.

El general Ernest Goldrich se puso a pasear a grandes zancadas barbotando una maldición contra el ingeniero que dirigió las obras defensivas de la base.

Instantes después se escuchó la voz apagada del operador que manejaba la pantalla:

—Todo ha terminado para nuestras naves, general. No queda ninguna de ellas en vuelo.

El jefe de la base Saturno se desplomó en su sillón verdaderamente anonadado. Esperaba aquel final, pero no por eso dejó de afectarle profundamente.

Todos los presentes lo miraron bastante impresionados por verlo en aquella actitud. El comandante Koster se dispuso a decir algo, pero en eso se escuchó una voz metálica de dura inflexión a través de los altavoces interiores sintonizados en la misma frecuencia de las naves que habían sido destruidas.

—Les habla Peter Borrow, jefe militar de Oberón. —Hubo una pequeña pausa y siguió—: Espero hayan comprendido que toda resistencia es inútil. Les aconsejo que entreguen la base, prometo respetar sus vidas, a pesar de todo.

En el puesto de mando se hizo un silencio impresionante, y momentos más tarde volvió a ser roto por la misma voz:

—Disponen de tres minutos para decidir. Transcurrido ese plazo, los aplastaremos.

* * *

Doug Freeman no podía ver nada, a pesar de tener los ojos abiertos. Sólo fugaces destellos anaranjados. Por deducción sabía que se encontraba echado en una camilla y que unas suaves manos acariciaban delicadamente su rostro.

Y la voz aterciopelada de Nadia Karova susurró a su lado:

—El doctor asegura que se trata de una pérdida pasajera de la visión. Tuvisteis mucha suerte de que el proyectil no os alcanzara de lleno, Doug. Muchos hombres han muerto tras los cañones.

—¿Y Flint?

—Se encuentra en tu mismo estado, Doug —murmuró la chica—. Ha sido milagroso.

La voz femenina se quebró en un sollozo y Doug buscó su mano aprisionándola entre las suyas.

—Quiero escuchar de tus labios la verdad, Nadia —pidió con cierta rudeza—. A cualquier medicucho puedo perdonarle un engaño piadoso, pero no a ti. Soy ma-yorcito para impresionarme como una damisela.



Ella vaciló.

—Doug...

—-La verdad, Nadia.

La camilla donde se encontraba Doug estaba en uno de los ángulos del amplio salón donde se ubicaba el puesto de mando. La enfermería se hallaba repleta y el doctor jefe había solicitado del general Goldrich aquel lugar por ofrecer mayores garantías de seguridad.

Ante el silencio de Nadia, insistió duro Doug:

—Dime la verdad, Nadia.

Ella cabeceó lentamente, aunque Doug no podía verla y tragándose las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos, empezó a decir:

—El doctor dijo que... Pero Nadia no pudo seguir hablando. Hasta ellos llegó la voz excitada de uno de los oficiales del general Goldrich:

—¡Están llegando las naves de Júpiter, general!

* * *

En la pantalla del puesto de mando pudieron contemplar la formidable formación de la flota que acudía a socorrerlos. El número de naves era similar o mayor a las oberanas que todavía volaban sobre la base de Saturno.

La flota del planeta Júpiter era muy superior en número a las de Saturno. La guarnición de este último planeta no podía ser tan poderosa por tratarse del reducto más avanzado de la Tierra en el espacio.

El combate volvió a reanudarse de nuevo.

En esta ocasión, las Z-414 terrestres, apoyadas por las T-202 de mayor poderío bélico, pronto comenzaron a imponerse sobre las oberanas, que evidentemente no esperaban el súbito ataque y fueron cogidas por sorpresa.

Desde el puesto de mando, el general Ernest Goldrich y sus oficiales

asistían, llenos de entusiasmo, al desarrollo de la encarnizada lucha. Sus cantaradas se iban adue-ñando por completo de la situación.

Los cañones de la base que aún podían disparar se unieron a la flota de Júpiter con renovados bríos. Ahora estaban seguros de la victoria final y no escatimaban esfuerzos.

Y en cuestión de segundos, todo acabó.

Seis naves oberanas, las únicas que lograron salir ilesas del breve pero terrible choque, emprendieron la huida hacia Oberón.

El general Ernest Goldrich se puso en contacto rápidamente con el jefe de la flota terrestre, y después de una corta conversación con él, quince naves emprendieron la persecución de las fugitivas.

Con órdenes concretas de seguirles hasta el mismo Oberón.

Minutos después, tomaban tierra en el suelo de Saturno las naves de Júpiter y el jefe de la flota, general William Tood, se reunía con Goldrich en el despacho de éste.

Tood empezó a lanzar preguntas:

—¿De dónde han salido esas naves, Ernest? ¿Por qué atacaron sin intentar siquiera dialogar?

Goldrich hizo un ademán con ambas manos, y lo obligó a tomar asiento. Le puso una copa de brandy en la mano y sentándose, a su vez, en el borde de la mesa, dijo:

—Será mejor que te ponga al corriente de todo, Will.

—Desde luego. Te confieso que cuando recibí la noticia de que Saturno iba a ser atacado por fuerzas extra-terrestres no podía dar crédito a lo que leía.

Goldrich hizo un extenso relato de todo cuanto había acontecido y Tood lo estuvo escuchando entre atónito e indignado. Cuando hubo acabado el jefe de la base Saturno, tardó unos instantes en reaccionar.

—Todo eso parece increíble, Ernest —murmuró—. Harán falta pruebas de gran consistencia.

—Espero que tus naves las encuentren en Oberón. De todas formas, el ataque que hemos sufrido confirma en un noventa por ciento la veracidad de lo que me contaron esas personas fugitivas de Oberón.

¿No te parece?

William Tood se masajeó el mentón pensativo.

—Supongo que sí, Ernest.

Hubo un prolongado silencio entre los dos generales y, finalmente, lo rompió Goldrich asegurando:

—Tenemos un grave problema ante nosotros, Will.

—Y que lo digas.

—De todas maneras, la Milicia Astral no puede permanecer cruzada de brazos mientras el Consejo de los Seis comete la canallada más repugnante de la historia. Desde la antigüedad, cuando un tal Hitler exterminaba a los judíos, no se había hecho algo semejante.

El general William Tood permaneció unos segundos dubitativo y a continuación formuló una pregunta que llenó de desasosiego a Goldrich:

—¿Podemos asegurar que el alto mando militar no está implicado en el asunto, Ernest?

CAPITULO XIV

Las pruebas encontradas por las naves terrestres en el satélite de Urano fueron concluyentes y demostraron, sin lugar a dudas, la veracidad de lo informado por el grupo de personas que había logrado escapar de Oberón.

En la Tierra se armó el escándalo del siglo y la opinión pública se rebeló de tal forma contra los dirigentes políticos que de todas partes salían voces pidiendo la cabeza de éstos.

En aquel caos, la Milicia Astral tuvo que hacerse cargo del poder en tanto el Consejo de los Seis, el más alto organismo del mundo, pasaba a disposición judicial.

El juicio fue multitudinario y la policía de la Milicia Astral se las vio y se las deseó para mantener cierto orden entre los exaltados habitantes de la Tierra.

Se tardó más de dos meses en terminar el proceso.

Los seis altos mandatarios de la Tierra fueron condenados a la pena capital, a pesar de haber sido defendidos por los abogados más prestigiosos para que no se cometiese una injusticia.

También los comandantes de las Supernaves y sus segundos de a bordo, fueron condenados a la misma pena. Lo mismo ocurrió con varios jefes de las oficinas de reclutamiento.

Sin embargo, se demostró la inocencia de los funcionarios reclutadores y de los tripulantes de las Supernaves. Igualmente quedó claro que ningún alto miembro de la Milicia Astral se hallaba implicado en el denigrante asunto.

Durante meses se habló y se escribió hasta la saciedad del incalificable hecho.

Incluso después de que la Milicia Astral convocara elecciones y fueran elegidos por sufragio universal los miembros de un nuevo Consejo de los Seis, se continuó insistiendo en la canallada cometida por aquellos miserables.

* **

De los fugitivos de Oberón, de los hombres y mujeres que habían hecho posible que todo fuese descubierto, pronto se olvidó la opinión pública. Pero eso no extrañó a los protagonistas porque es lo que sucede en la mayoría de las ocasiones.

Luther y Mónika Kreuss se instalaron de nuevo en Alemania y trataron de olvidar los terribles días vividos.

Burt Harris contrajo matrimonio con Hulaj y se alistó con el grado de comandante en la Milicia Astral. Por petición propia fue destinado a Oberón, que desde aquel momento pasó a ser el último reducto terrestre en el espacio.

Hulaj viajó con él y se quedó a su lado.

Fue informada de la muerte de su padre y por su parte renunció a reinar en los oberanos supervivientes después de la desaparición de Opalis. Estos aceptaron de buen grado la soberanía de los terrestres.

Flint Anderson se pasó una temporada en un hospital.

Cuando lo abandonó completamente restablecido, dijo a sus amigos que se iba a dedicar a vagabundear de un sitio a otro. En adelante, viviría libre en los espacios abiertos.

En cuanto a los restantes…

* * *

Mihail Karova fumaba apaciblemente su pipa con un melancólico destello en sus cansados ojos.

Delante de él, sentados en el césped de aquel parque público, se encontraban Doug y Nadia.

En aquellos instantes decía el joven:

—En los amargos momentos de ceguera temí lo peor, nena.

—El doctor no estaba demasiado seguro de que recuperarías la vista por completo, Doug.

—Lo peor para mí era no ver de nuevo tu bello rostro, querida —sonrió Doug—. Cada vez que pensaba en eso...

Nadia compuso un mohín de enfado al darse cuenta de que su esposo bromeaba, a pesar de su aparente seriedad.

—Eres un hipócrita, Doug.

El joven encogió los hombros.

—No tengo la culpa de que seas tan bonita, Nadia. Por eso tengo que seguir enamorado de ti, a pesar de que llevemos cuatro meses y medio casados.

—Cuatro meses y doce días —corrigió risueña Nadia—. Muchas horas de felicidad, Doug.

Hubo un silencio entre ellos y Doug pasó el brazo por los hombros de ella.

—La vida es hermosa, querida. A pesar del problema demográfico, del hacinamiento que sufrimos en las ciudades, de la contaminación... y aun a pesar de que existan seres como el antiguo Consejo de los Seis y Peter Borrow.

Nadia levantó la mirada a su esposo.

—¿Qué sería de Borrow, Doug? Siempre me lo he preguntado.

Doug encogió los hombros.

—Lo más probable es que muriese en el ataque de las naves procedentes de Júpiter. Su cadáver nunca ha sido encontrado, pero es evidente que murió. Después de todo, era un enfermo mental que...

—Bésame, Doug.

El joven se interrumpió sorprendido y miró a su joven y bella esposa.

Inclinándose sobre ella después de unos instantes, la besó cálidamente en los labios.

Se olvidó por completo del pasado.

FIN